



TO GRA
REV
Kelton McIntire





KELTOM MCINTIRE

LA GRAN REVANCHA

Colección Punto Rojo. n° 1.039

ISBN 84-02-02520-X- Depósito legal: B. 269-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.* edición: marzo, 1982

1.* edición en América: septiembre, 1982

© Kelltom McIntire - 1982

texto

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Sonó el teléfono.

Kelly se irguió en el lecho con una sacudida violenta de todos sus músculos. Al principio, sólo escuchó la voz melosa de Ernesto Goncalves que cantaba un nostálgico fado en la radiocronómetro de la mesilla de noche. Pero luego percibió el estridente timbrado del teléfono y avanzó torpemente hacia el salón, arrastró una sábana largo lecho, tropezó, estuvo a punto de perder el equilibrio —¡tantas copas de *vinho verde* la noche anterior!— y, finalmente, llegó a su destino y alzó el auricular con un ademán brusco.

—¿*Va bene, Kelly?*

Era una voz dulzona, arrastrada, italiana. A pesar de la resaca de las numerosas libaciones de *vinho verde*, Kelly reconoció inmediatamente la voz de Rocco, el napolitano.

—Kelly al habla —dijo en inglés, procurando que su voz sonase clara y segura.

—¿*Come va lei?* —insistió la voz insidiosa del brigadista.

Kelly sólo sabía unas frases en italiano.

—*Tutto in ordine* —respondió—. *Domani mattina alla frontiera ; Caía. Tutto previsto.*

—*Tanta sorte, amico mió* —oyó la voz de Rocco (el peligroso e incisivo Rocco). Y luego rápidamente, la despedida del napolitano—: *Ciao!*

Kelly permaneció un instante con el auricular pegado a la oreja izquierda. Finalmente, comprendió que la comunicación había terminado y puso el auricular-góndola (de un cursi tono rosado) en su lugar.

Se llevó una mano a la frente, se frotó los párpados, se masajeó las sienes.

—Estúpido —se recriminó dulcemente a sí mismo—. ¿Por qué bebiste tanto anoche?

¡Aaah, ¿quién se acordaba ahora? En Nova Angola se había reunido unas ochenta personas deseosas de sacudirse *a saudade e morrinha*.

Habían sonado, trepidantes y cadenciosos, los ritmos brasileiros y el vino había corrido abundante. Y Luego Kelly se había visto con aquella hembra sentada sobre sus muslos —¿María Da Concepcão?— y sus nervios se habían encalambrinado y María le arrastró a lo largo de un sombrío pasillo, le aferró por los hombros y le besó de forma pasional y absorbente, y...

Ahora, Kelly comenzaba a ser consciente de una cosa: era preciso olvidar a María Da Concepcão y pensar en su «trabajo» al otro lado del Alemtejo.

Prefería pensar en Borba, Elvas, el Guadiana, Badajoz, que recordar al brigadista Rocco, a Erramendi y a Ben Hadagphi.

Ahora, cuando abría el grifo de la ducha y sentía sobre su cuerpo desnudo la lanza agresiva del agua tan fría, Kelly recordaba la afilada guma de Ben Hadagphi cuando le recordaba algo con una sonrisa que hacía destellar sus blanquísimos dientes. El acero pasaba suavemente sobre la garganta de Kelly. No llegaba a herir, pero rozaba la laringe, la carótida... Bastaría con que el árabe apretase poco y... un borbotón de sangre brotaría del cuello de Kelly y terminaría con su vida de forma horrible.

Aguantaba la ducha. El agua estaba demasiado fría, pero Kelly soportaba las punzadas dolorosas del casi helado líquido.

—Peor, sería la guma de Ben Hadagphi —se consoló.

No cortó el chorro de agua hasta que sus pensamientos encontraron el camino

sensato. Era preciso tener las ideas claras. A Kelly le iba la vida en ello.

Mientras se afeitaba ante el espejo del armario de baño, sus ojos se fijaron un momento en la postal que la noche anterior había colocado en el bisel. Veía un panorama refrescante, plácido: una arbolada, ajardinada, con algunos modernos edificios que sobresalían sobre las frondas de los madroños silvestres. Tomó la tarjeta con los dedos húmedos y la volvió.

Y leyó: «Paseo de San Francisco. Vista parcial. Badajoz.»

En primer término, se veía un puesto de helados. Una mujer de cierta edad, entregaba cucuruchos de *tutti frutti* a una niña morena y dos niños más pequeños.

«Refrescante y... tranquilo», pensó Kelly, recreándose en la contemplación de la sosegada escena que veía en la multicolorista postal.

Lástima. No debía haberse comprometido.

—Pero la razón está de mi parte —bramó, colérico—. ¡Tengo derecho a la revancha!

Terminó de afeitarse, después de colocar nuevamente la tarjeta postal en el bisel del espejo. Pero, de vez en cuando, entre pasada y pasada de la gillette doble filo, dirigía una mirada fugaz al paisaje pleno de verdor y de luz que le ofrecía la tarjeta.

Badajoz.

Ese era el punto final. El todo. O la nada.

«Tengo miedo —se confesó a sí mismo—. Ellos me vigilan. No se fían de mí. ¿O acaso se proponen no pagarme? ¿Quedarse con lo que es mío, acribillarme en cualquier camino solitario, enterrarme en un árido barranco...?»

Kelly apretó las mandíbulas.

«No sería justo, pues tengo derecho a mi revancha —pensó—. Estoy exponiéndome mucho. Mi compensación... ¡nadie va a arrebatármela!»

De todas formas, la mitad del dinero que debía percibir estaba en su bolsillo. O, al menos, el talonario de cheques con una cuenta de 50.000 dólares en un banco de Madrid. Y unos cuatro mil dólares en cheques de viajero, convertibles en cualquier lugar.

Quedaban por cobrar los otros cincuenta mil dólares. Pero eso...

«Cuando hayas entrado en contacto con nuestro hombre en Badajoz», había especificado Ben Hadagphi, que era el hombre que se cuidaba de las finanzas.

Kelly reflexionó.

Tenía que hacer un viaje desde Lisboa a Badajoz. Nada difícil, en teoría. Le habían dicho que los *guardinhas* hacían la vista gorda y que la Guardia Civil no ponía demasiadas pegas en Caia (¿o Caya?).

El coche, un precioso Volksport, le aguardaba en el garaje del hotel. De hecho, Kelly no tenía que hacer otra cosa que cubrir los doscientos

y pico de kilómetros que mediaban entre Lisboa y Badajoz, encontrar a su contacto y entregarle aquello que tan íntimamente llevaba bien guardado.

Claro que tendría que pasar por la frontera de Caya (¿o Caia?). Kelly había preguntado aquí y allá, en Lisboa. Le habían dicho que, normalmente, no era difícil cruzar la frontera y llegar a Badajoz capital.

—El problema son los contrabandistas. Se han vuelto duros, ¿comprende? Antes, el contrabando tenía una dirección fija: Portugal-España. Se pasaba café y tabaco, sobre todo. Y algunas medicinas, como anovulatorios, prohibidos en España. También pequeñas

cantidades de oro, platino, repuestos electrónicos... Pero ahora... El contrabando no interesa a nadie, excepto un tipo de negocio muy especial: billetes falsos, marihuana, drogas. Pero ese tipo de tráfico está muerto. Sólo que la gente más humilde sigue pasando café, algunas pequeñas cantidades de tabaco. Los contrabandistas operan por sí mismos, sin grandes financieros como antes. No son «cargueros»: cada hombre que se moja la espalda en el Guadiana lleva cuatro o cinco mil duros en contrabando. Antes, cuando la Guardia Civil les daba el alto, soltaban las cargas y escapaban. Pero en los últimos tiempos no. Han ocurrido incidentes. Algunos contrabandistas dispararon contra la Guardia Civil, hubo sangre... Las condiciones fronterizas se endurecieron inmediatamente. De todas formas, las fricciones se suavizan a las pocas semanas y todo vuelve a la calma. No hay problemas. Y menos para usted, un súbdito norteamericano.

Norteamericano.

Pero Jim Kelly había renegado de su origen, de su nacionalidad, de todo.

En realidad, se veía involucrado en aquel peligroso *affaire* por una sola razón: durante cuatro años sólo había pensado en la revancha.

Se secó, comenzó a vestirse. El camarero de planta le había traído una botella de ginebra. La botella estaba sobre la mesita de servicio del salón. Instintivamente, Kelly apresó el gollete con su mano derecha. Pero aflojó los dedos y la dejó. Eso sí, se quedó mirando la etiqueta amarilla con el dibujo de las bayas de enebro y aquellas palabras: Larios, Málaga, España.

Extraño. ¿Por qué le habían servido una ginebra española, en lugar de una inglesa u holandesa?

—Coincidencias —murmuró, mientras terminaba de vestirse. Sus tres maletas incluían ropas frescas de verano. Elegantes, sí, pero cómodas y deportivas por encima de todo.

—Es lo natural —susurró—. Estamos en verano.

Estaba vestido ya. Los frescos pantalones beige, los flexibles zapatos lotusse, el suéter azul celeste de manga corta y la chaqueta blasier. Cogió el reloj, su documentación, el talonario, los cheques de viajero, las llaves del coche...

Pensar en el coche le produjo un cierto malestar. Rocco le había dejado en Lisboa con el dinero y un coche. El Volkspport, un automóvil deportivo muy rápido y líneas aerodinámicas muy de acuerdo con el aspecto físico de Jim Kelly, veintisiete años, rubio, delgado, atlético, desinhibido, actual...

Pero Kelly desconfiaba.

Alzó el auricular del teléfono y esperó a oír la voz de la telefonista del hotel.

—Por favor, señorita. Encargue que dispongan mi coche. Soy James Kelly, suite 356.

Quiero partir dentro de unos minutos.

—Perfectamente, señor Kelly. Su coche estará a la puerta del hotel, aguardándole.

Colgó inmediatamente.

Y dejó unos billetes sobre la mesita de servicio: trescientos dólares. El dinero suficiente para pagar su estancia más una propina discreta.

Abrió la puerta lentamente. En el pasillo no había nadie a la vista.

La tarde anterior había tenido la precaución de buscar la escalera de servicio. Sólo había que doblar el pasillo, descender los peldaños, empujar la puerta apropiada. Y la calle: una típica callejuela lisboeta.

Caminó sin prisas, tosiendo y aventando bocanadas de humo de su cigarrillo Camel.

Asomó a la avenida. En efecto: el Volkspport aguardaba ante la escalinata de acceso al hotel. Kelly giró en sentido contrario y se alejó a largos pasos, pero sin forzar la marcha.

Había dejado sus tres maletas en la suite 356, pero era un detalle accesorio. Quizá aquellas maletas le sirvieran para ganar unas horas.

Pero ¿por qué hacía todo eso?

El miedo, sencillamente.

No podía soportar la presión de Rocco, de Erramendi, de Ben Hadagphi. Ellos eran tipos experimentados, pero Kelly había comprobado a las pocas horas que estaba sometido a estrecha vigilancia.

Pequeños detalles: unos rostros oscuros en el puerto, un portugués con mostacho que se volvía cuando Kelly giró el cuello en su dirección, un par de mocetones de recias mandíbulas y aspecto deportivo que —curiosamente— se habían cruzado cuatro o cinco veces con él. Una mirada atenta, aunque furtiva, un par de árabes que se volvían de espaldas de improviso... Todo lo que formaba un conglomerado de sospechas.

Kelly caminaba a buen paso —pero sin urgencia— por la acera de largo de Andaluz.

Silbaba un fado por lo bajo, pero se detenía a menudo ante un escaparate y permanecía sumamente atento.

No percibió nada sospechoso. Ni ruidosas y veloces motocicletas que pasasen junto a la acera, ni personas sospechosas, ni tipos que se volvían rápidamente cuando él giraba velozmente para mirar a su espalda.

Torció a la derecha. Y luego a la izquierda. En el cruce paró un taxi y se introdujo rápidamente en él.

Diez minutos después estaba en la estación. El Lusitania Express salía al anochecer.

Kelly se aproximó a las taquillas y sacó un billete hasta Badajoz.

Pero de ninguna forma entraba en sus cálculos llegar hasta aquella ciudad española.

Por el momento.

CAPITULO II

La pesadilla se repitió aquella noche.

Era como un castigo, como una obsesión constante.

Como siempre, después de que terminara su estancia en el ejército, Jim Kelly abandonaba la Universidad hacia las nueve de la noche y recogía su moto Honda para regresar a Alvarado, donde vivían los Kelly.

Bueno, ya sólo quedaban tres. Su madre, Dolores Kelly, la adolescente Cherry —que iniciaba sus estudios secundarios— y él mismo, Jim.

Dolores. La madre. Era española, oriunda de un pequeño pueblo español. Precisamente Cheles, en la provincia de Badajoz.

Dolores.

Aquel nombre era más que un simple patronímico, mucho más que la palabra que sirve para designar a una persona.

Dolores.

Pronunciado en español, aquel nombre tenía una cadencia especial, plena de sonoridad, de tonos sugerentes.

Para Dolores Kelly, su nombre venía a ser la significación real de su triste existencia.

Había llegado a California siendo muy joven, vía México. Su padre era Alejandro Montalván, un republicano, liberal, hombre de ideas claras y corazón sin fronteras. Un maestro de escuela, nada más.

Jim lo sabía muy bien. Su madre, Dolores, jamás había sido feliz. Ya en los Angeles, se había visto obligada a casarse para sobrevivir. Alejandro Montalván acababa de morir, y ella no conocía a nadie en quien poder apoyarse. Ni siquiera sabía inglés.

Se casó con Norman Kelly sin sentir el menor amor. Pero Kelly era un hombretón de ascendencia irlandesa, un hombre denso y membrudo, que dirigía con mano férrea y lengua destemplada a los estibadores del puerto.

Kelly deseaba a Dolores, incluso pudo llegar a amarla. Pero jamás la entendió. No comprendía su «morriña», ni su desamparo, ni su ansia de ternura y comprensión. Para Kelly, Dolores era un hermoso cuerpo, un ama de casa y poco más.

Kelly era excesivamente temperamental. Bebía whisky escocés en la

misma proporción que la cerveza, disponía liberalmente del dinero que ganaba, olvidaba su hogar... Al cabo, acabó encontrándose con el Sindicato. Los mafiosos le presionaban, querían gobernar el negocio de los estibadores, pero Norman Kelly no era hombre que transigiera fácilmente.

Su cadáver, irreconocible el rostro, apareció flotando en la bahía, finalmente. Las investigaciones policiales se estrellaron contra el muro de silencio de la *omertá*, la temida ley del silencio. Chitón, un bronco irlandés menos, la mafia en el puerto y todos tranquilos.

Pero Dolores Kelly se elevó por encima de su propia desesperación y logró sacar a sus dos hijos adelante. Trabajó duro. Al principio, tenía que conformarse con ganarse el sustento como asistente. Pero Dolores poseía una sólida educación, una formación cultural extensa y al fin se atrevió a dar clases de español en un centro privado.

Jim fue a la Universidad. Para entonces, ya sabía ganarse la vida recogiendo peras y melocotones al destajo en el valle de San Fernando. Apenas dormía, pues el trabajo del

campo le llevaba diez horas diurnas y a la tarde debía asistir a la Universidad. Pero tenía voluntad, ganas de ayudar a su familia. Y soportó la dura prueba.

A los veinte años, Jim Kelly se había licenciado en Ciencias Sociales. Y empezó sus estudios de Psicología Aplicada, al mismo tiempo que se interesaba por las Humanidades.

Sabía hablar español —Dolores, su madre, siempre se expresaba en este idioma dentro de casa, aunque dominase el inglés—. Lo suficiente al menos para entenderse con los chicanos que se ganaban la vida duramente en San Fernando, Santa Rosa y Colinas Verdes.

No pudo terminar su licenciatura en Psicología y Humanidades. En Alvarado, los jóvenes tenían que prestar el servicio militar, no por obligación sino por tradición. A Jim no le costó un especial esfuerzo: era tan curioso y ávido de nuevas sensaciones que estaba deseando afrontar aquella prueba.

En definitiva; aquélla no fue una experiencia negativa ni positiva. Fue destinado a la U.S. Navy, cumplió y volvió.

En seguida volvió a matricularse en la Universidad de Berkeley para terminar sus estudios de Psicología y Humanidades. Por la mañana trabajaba en las oficinas de la McArdill Agro Co., de Santa Anita. A

mediodía, tomaba su moto y se dirigía a Berkeley, a unos dieciocho kilómetros de distancia.

¿Cómo pudieron enredarse las cosas de aquel modo?

A la una de la madrugada, los policías de un radiopatrulla le despertaron a bofetada limpia.

Pusieron unas linternas ante sus ojos y le deslumbraron. Atontado, seguía mirando las luces que bailaban ante él, cuando sintió el brutal puntapié en plena mandíbula.

Cayó de espaldas, rodó por el suelo. Pero no perdió el conocimiento. Pudo escuchar aquellas voces airadas:

—¿Por qué dudáis ahora? ¡Machacadle! ¿O es que tenéis escrúpulos a la hora de dar su merecido a un asesino, a un violador?

Kelly captó inmediatamente la señal de peligro. *Asesino, violador.* ¿El?

Fue una paliza atroz, de la que resultó con el rostro bañado en sangre y varias costillas quebrantadas. Los policías, indudablemente, le «trabajaron» a conciencia.

Cuando le arrastraban, tambaleante, hacia el coche policial, Jim vio el cuerpo exánime de Charo Gálvez. El rostro de la guapa y jovencísima chicana estaba manchado de sangre, y su cuerpo, semidesnudo, entreabiertos los perfectos muslos en compás, mostrando el sexo ensangrentado.

Después...

Las cosas se complicaron monstruosamente.

Kelly compareció ante el juez a la mañana siguiente. No pudo hacer ninguna declaración, pues lo ignoraba todo.

—Fue hacia las nueve —dijo—. Salí en compañía de Charo, es cierto. Y sí, la admiraba mucho. ¿Que si la deseaba? ¡Naturalmente! Todo el mundo deseaba y admiraba a Charo, todos queríamos que ella nos mirase. Tomamos una cerveza en Guardino. Quizá fueran dos o tres, no lo sé. Había allí muchos amigos, universitarios. ¿Sus nombres? No recuerdo muy bien. Charo me dio uno de esos porros, fumamos, y de repente comencé a sentirme mal ... Fui a los servicios. Creo que cuando regresé a la cervecería, Charo no estaba. Pero

yo me sentía mareado, muy mal. Me caí de la moto cuando volvía a casa. Creo que debí fracturarme la muñeca izquierda, aunque... No sé más. Luego... unos policías me despertaron a bofetón limpio. Me han... maltratado hasta el límite. Tengo varias heridas en la cabeza, en el rostro, en el pecho, espalda. Y varias costillas rotas...

—Pero usted mismo, Kelly, ha declarado que se cayó de la moto. ¿No querrá que la policía cargue con el resultado de sus propios errores? —le preguntó insidiosamente el oficial que dirigía el informe-encuesta.

Kelly negó con todas sus fuerzas. Con fervor, seguro de sí mismo. El no era un canalla, un criminal, un...

Pero calló cuando observó las expresiones de algunas personas que asistían a la vista previa del caso criminal. De hecho, todos estaban formulando una sentencia: *culpable*.

Su madre y su hermana acudieron inmediatamente en su ayuda. Dolores. Y Cherry. Se gastaron todos los ahorros en contratar a un buen abogado criminalista.

Sin embargo, la suerte estaba echada para Jim Kelly. El fiscal era un hombre duro, habilidoso, inmisericorde. Consiguió testigos de cargo, muchos de ellos universitarios de Berkeley de uno y otro sexo.

—Sí, Kelly dijo que le gustaba mucho Charo Gálvez. Sí, estaba claro que Jim deseaba apasionadamente a Charo. Sí, vimos como Jim la miraba. Se la comía con los ojos... En su fuero interno, Jim pensaba que Charo era una gazmoña, una mosquita muerta, una hipócrita. Dijo en una ocasión que Charo excitaba a los muchachos y después se marchaba riendo...

Pero ¿era cierto? ¿Jim había dicho todo aquello?

Era verdad que consideraba a Charo veleidosa y voluble. También había afirmado en público que la chica la encalambrinaba, que...

Pero Jim *sabía* que no la había violado ni matado.

Y por aquellos días descubrió algo que le obligó a pensar sensatamente. La acusación no era de asesinato y violación, sino sólo de violación e intento de homicidio.

¿Qué había ocurrido?

Su abogado le sacó de dudas.

—Charo Gálvez está internada en el hospital del condado. Se encuentra en coma. Aún no ha vuelto en sí. Los médicos no son muy optimistas. Ayer estuve hablando con el doctor Chuck García. Me dijo que Charo puede recuperarse en cuestión de días. Pero también es posible que muera en estado de coma.

Jim deseó fervientemente que Charo superase el coma y viviera.

Y aquel deseo no expresaba su ansia desesperada de encontrar una ayuda en medio de aquella loca vorágine. Pensaba en primer lugar en Charo, en su patética silueta caída sobre el arenal, con el rostro magullado, los cabellos sucios y ensangrentados, las ropas destrozadas, el cuerpo desnudo, el vientre mancillado...

Pero, además, Jim sabía que de ella dependía su suerte. Si Charo volvía en sí, si recobraba sus sentidos, podría atestiguar a su favor. Pero si no...

No ocurrió ni una cosa ni otra. Charo Gálvez continuaba en estado de coma profundo. Y

así, meses y meses.

En su celda de la prisión de detención, Jim Kelly pensaba intensamente.

Recordaba los rudos bofetones de los corpulentos policías, los salvajes tirones de los

cabellos, los destemplados insultos, las acusaciones, las patadas en pleno rostro, el castigo sistemático con las porras...

Y los gritos que le fustigaban cuando ya se sentía quebrantado hasta la agonía. Y

aquellas frases:

¿Por qué dudáis ahora? ¡Machacadle! ¿O es que tenéis escrúpulos a la hora de dar su merecido a un asesino, a un violador?

Violador. Y... asesino.

¿Por qué habían repetido los brutales policías la palabra *asesino*?

Porque ellos daban por muerta a Charo. *Creían* que estaba muerta.

Pero, veamos, veamos. ¿Por qué parecían tan seguros aquellos esbirros?

Jim había cerrado los ojos, profundamente concentrado en sus recuerdos.

Impulsivamente alzó una mano a la sien y se produjo un fotógeno, una de esas fugaces lucecitas que vemos cuando nuestros ojos reciben un golpe inesperado.

Fue un fotógeno. Pero fue también un tremendo chorro de luz.

—*Fueron ellos quienes la violaron* —murmuró con lentitud.

Y repitió aquella frase varias veces.

Kelly no trataba de convencerse a sí mismo —estaba seguro de su deducción—. Sólo quería una cosa: que aquella frase se le grabase en su memoria como testigo de todo su rencor, de su impotencia rabiosa ante los errores de la justicia.

Imágenes inconexas cruzaban raudas por su cerebro. Aquel policía casi calvo —¿cómo se llamaba? ¿Ketchum?—, sentado tras el volante del coche patrullero en las proximidades de Berkeley, con los lascivos labios entreabiertos, los ojos brillantes, contemplando a las jóvenes muchachas minifalderas que abandonaban el campus de Berkeley.

¡Ketchum! Era uno de ellos. De aquellos que le habían despertado a bofetones en el arenal. ¿Y los demás? Robin González... ¡ése era otro! Y... el gordísimo policía «Calabaza»

Brigson, aquel que había ganado el último trofeo en la prueba de bebedores de cerveza.

Y...

Pero ¿qué importaba?

Kelly estaba en una celda, con una acusación por violación e intento de homicidio.

Su abogado, aquel eficaz Frank Arias, no quería darle muchas esperanzas a Kelly.

—¿Crees que no intuyo algo podrido en todo este asunto, Jim? —le había dicho (en un susurro) en la última entrevista—. Sé lo que quieres decir cuando afirmas que ellos pensaban que Charo estaba

muerta. Pero, Jim, yo mismo estoy recibiendo presiones que han llevado la angustia y la zozobra a mi casa. De todas formas, me he entrevistado con el fiscal y con algunos magistrados. Han llamado a Ketchum, a Robin González, a Brigson.

Han negado. Han testificado que cruzaban hacia El Farallón para resolver una reyerta de borrachos. Dicen que te vieron yaciendo junto al cuerpo de Charo, que hedías a cerveza, que incluso quisiste violar nuevamente a la muchacha cuando ellos detuvieron el coche junto a vosotros. Personalmente, he comprobado sus horarios. Pero el tiempo es un factor vago, impreciso, algunas veces. Escucha, Jim: Es mejor que las cosas sigan así... por ahora. Tu madre no ha querido decirte nada, pero sé que ella y Cherry reciben constantes amenazas e insultos a través del teléfono. De modo que... *Ajo* y *agua*, como decían expresivamente los extremeños de Badajoz. (Aunque esto no llegó a entenderlo Jim Kelly

sino mucho tiempo después.)

Es decir, resignación. A *jo...* y aguantarse. Tragar quina, esperar desesperadamente a que ocurriera un milagro antes de ser metido en un furgón celular y llevado ante el tribunal.

Pero Charo Gálvez seguía en coma. Muerta en vida, inmóvil como un vegetal, incapaz de expresar ninguna protesta, de formular una denuncia, es decir...

¿La verdad?

En su desesperación, Kelly había llegado a dudar de su propia inocencia. ¿No habría bebido demasiado, no...?

Se estremecía al pensarlo. Pero al fin, renacía, se afianzaba a su propia estimación, recordaba, *sabía*. Sabía que él nunca hubiera hecho aquella salvajada con Charo. Por otra parte, Jim había sabido resolver sin dificultades sus íntimas necesidades sexuales sin tener jamás que recurrir a aquella violencia que le repugnaba en lo más íntimo.

Habían transcurrido tres meses. Y al fin, le metieron en el furgón y le llevaron a Los Angeles.

Fue todo frívolamente fácil. Poco más de media hora de informes, de disputas entre el fiscal y el defensor, Frank Arias.

El jurado dijo una sola palabra: *culpable*. Pero mucho antes, Jim Kelly había intuido que las cosas se desarrollarían justamente así.

El veredicto, la condena: diez a veinte años de reclusión.

CAPITULO III

Frank Arias le había hecho la advertencia sin tapujos:

—No va a ser fácil para ti, Jim. Te llevarán a la penitenciaría de Nuevo Presidio. Allí cumplen condenas los peores criminales. Tendrás que soportar vejaciones, injurias, acosos... tanto por parte de los funcionarios como de los presidiarios. Hay homosexuales, camorristas, tipos que carecen de todo sentido moral... Tienes que hacerte el fuerte, Jim.

Soportar todo y pensar que saldrás un día de esa ratonera. Piensa en tu madre, esa magnífica mujer que supo afrontar también todas las vicisitudes. Y en tu hermana, Cherry.

Piensa en tu familia y saldrás adelante. Será muy difícil, lo sé. Pero tú eres un hombre. Lo conseguirás.

Excelentes consejos, ciertamente.

Pero el abogado Frank Arias no había estado jamás en una prisión como la penitenciaría llamada Nuevo Presidio, en el borde del desierto de Moja ve. Frank conocía la prisión «de oídas», a través de las confidencias de sus defendidos, pero de ahí a soportar unos años de cárcel en aquel ambiente corrompido y denigrante...

Fue muy difícil.

Conscientemente, Jim Kelly no quería recordarlo. Sus remembranzas sólo surgían en sueños, como ahora.

Frank tenía razón. En la prisión había homosexuales que se reunían en grupo para presionar y atormentar a los más jóvenes. Y también había presos pendencieros que se rompían el alma a cuchilladas con cualquiera sin mediar la mínima provocación. Bastaba un roce accidental, una mirada de reojo... El menor motivo era suficiente para que los afilados cuchillos fabricados con trozos de cinta de sierra se mojasen en sangre caliente.

Pero esto no era todo: también había que soportar a los endurecidos vigilantes, sus mofas sangrientas, sus modales bruscos, sus expresiones despectivas.

Y los locos. Porque en Nuevo Presidio estaban encerrados auténticos psicópatas, cuyo sitio no estaba en la prisión sino en los sanatorios psiquiátricos. Individuos cejijuntos, de expresión obsesiva y ojos brillantes que estallaban en el momento más inesperado y eran capaces de romper el cráneo de una pedrada al compañero que estuviera más próximo, sin necesidad de que mediara la más mínima provocación.

También había algunas personas que podrían considerarse como normales. La mayoría eran jóvenes entre los veinte y los treinta. Muchachos descarriados, huérfanos desde temprana edad, jóvenes atolondrados incapaces de mirar con serenidad hacia el futuro, que se habían visto enredados en la viscosa tela de araña del mundo del delito. Algunos eran verdaderamente recuperables, otros...

Jim lo comprendió a los pocos meses. La prisión, tal como era, no servía para regenerar a los delincuentes.

¿Regenerar? Para Kelly, aquel verbo era erróneo. La clave no estaba en *regenerar* —

porque los hombres no pueden fundirse de nuevo— sino en *convencer*.

Lamentablemente, los funcionarios de la prisión no poseían el menor impulso ético ni pedagógico. Llegaban a la prisión con la obsesión de quien ha de cumplir un servicio muy desagradable. Dejaban que corriera el tiempo y marchaban hacia sus puntos de destino en cuanto eran relevados. Los mejores hacían la vista gorda. Los otros... poseían un

corazón sádico y mezquino y se recreaban en aumentar los sufrimientos de los presos, cuando no en excitar sus sentimientos más bajos e innobles.

Por otra parte, en la prisión podía poseerse de todo o casi todo, a cambio de dinero. Se podía conseguir una celda cómoda, personal, dotada de algunos muebles y otras comodidades. Pero era imprescindible el dinero.

Se podían obtener abundantes botellas de cerveza, de vino e incluso alguna de ginebra y otros licores, si uno tenía amistades y contactos. Normalmente, los propios ordenanzas presos nombrados auxiliares por los vigilantes eran ¡los *correos* que se encargaban de dirigir estos negocios.

—¿Quieres un kilo de vino? Diez pavos. ¿Cerveza? Cinco. ¿Ginebra, dices? Treinta.

Kelly comprendió que podía eludir los servicios más penosos —limpieza, imaginarias nocturnas— a base de dinero.

No le interesaba beber y embrutecerse, pero sí evitar un rápido desgaste psicosomático. Tenía un par de centenares de dólares en su cuenta y fue dosificando el dinero de forma que sirviera a los fines que él se proponía.

Con tacto, pero también a base de hombría y de voluntad, consiguió hacerse un sitio en medio de aquellos pobres marginados. Tuvo que afrontar una o dos ocasiones difíciles, incluso recibió una regular paliza en los lavabos, pero finalmente los distintos clanes que dominaban la prisión le dejaron en paz.

Vio muchas cosas. Una mañana, sorprendió al grupo de Jack Anastasia cuando estrangulaban a un mariquita en los urinarios. Fue algo horrendo. El estómago se le revolvió y su sentido de la justicia le impulsó a plantar cara a aquellos matones. Por fortuna, Glen Kenorak le tomó de un brazo y le sacó de allí urgentemente.

—Déjalos. Son ajustes de cuentas suyos. El sarasa se había chiflado de Anastasia.

Tenían un plan de fuga y Scicolone se «berreó» a los vigilantes. No es asunto tuyo. Ni mío.

Ellos saben lo que hacen.

Poco a poco, fue endureciéndose.

Poco a poco, Kelly logró introducirse en el grupo de Bob «Indio» Brooks y otros jóvenes que no estaban del todo perdidos.

Brooks, un verdadero indio navajo, había formado aquel grupo de jóvenes con el único fin de defenderse de los ataques de los homosexuales, los mafiosos y los «pirados» de Luke Johnson. La única defensa consistía en formar un clan homogéneo y decidido.

A veces, las provocaciones tenían que ser contestadas en el acto. Indio Brooks le había cortado una oreja a un hermano de Anastasia meses atrás. ¿El motivo? Los de Anastasia querían cobrar a los jóvenes un canon de *protección*.

Amadeo Anastasia, con una sola oreja, fue trasladado a otra prisión y jamás volvió a plantearse ninguna cuestión.

Kelly sobrevivió al ambiente mefítico de la penitenciaría de Nuevo Presidio. Pero esto

—su seguridad actual, su prestigio como hombre—, no era obstáculo para que los recuerdos continuaran atormentándole.

Consideraba que era objeto de una tremenda injusticia. No había cometido ningún delito, pero una considerable condena había caído sobre sus hombros, paralizándole, traumatizándole hasta lo más profundo de su sensibilidad.

El primer año fue el más difícil.

A Kelly le costaba mucho aceptar las inflexibles, rígidas y crueles reglas de la convivencia en prisión.

Pero tenía una baza a su favor: el tiempo. Disponía de mucho tiempo para pensar. ¡Dios mío, lo que le sobraba era el tiempo'

Reflexionó durante miles y miles de horas. Y consiguió refrenar su rebeldía y llegar, finalmente, a una determinación personal: lo que interesaba era sobrevivir. Por encima de todo, seguir viviendo para aguardar el día en que las puertas de acero de la penitenciaría de Nuevo Presidio se abrieran para él.

Poco a poco, insidiosamente, brotó en su espíritu el germen de la venganza.

«No es justo. Tengo que tomarme la revancha.»

Tenía derecho a una compensación. ¿Cómo podría olvidar los años de su juventud perdidos inútilmente en el pozo sin fondo del cautiverio?

A partir de ahí, su idea fija era tomarse la revancha. No maquinaba la ejecución de resonantes atracos o lucrativos robos. En realidad, la simple idea del delito repugnaba a su sensibilidad.

Tenía que ser algo más importante, algo que colmase completamente su sed de venganza contra una sociedad que enviaba a un muchacho inocente a presidio.

Conoció a muchos jóvenes como él. La mayoría alentaban también sentimientos de venganza contra la sociedad que los castigaba y marginaba. Algunos tenían razón en sus exigencias. Otros eran simples equivocados, insatisfechos o locos que tenían el patrón egoísmo como única meta de sus desquiciadas existencias.

La mayoría de estos jóvenes eran de tendencias izquierdistas. Había comunistas intelectualoides, anarcos de corazón y locos revolucionarios que ni siquiera habían sabido digerir la filosofía de Marx Engels, Lenin y otros líderes avanzados.

Todavía quedaban los tardopanteras negras, algunos terrorista: indecisos y un cierto grupo de descontentos con el ansia irrefrenada de integrarse en un grupo de mercenarios o en unidades de espionaje con el señuelo de Africa y, sobre todo, del Próximo Oriente y lo ricos emiratos del golfo Pérsico.

Todos hacían planes. Algunos alardeaban de poseer ciertos «contactos» que le facilitarían las cosas en cuanto estuvieran en la calle.

En definitiva: la mayoría de aquellos jóvenes entre veinte y treinta años no poseían muchos ideales estrictamente desinteresados. Amaban la aventura y el riesgo, ciertamente. Pero sobre todo anhelaban poseer dinero, lujo, mujeres, comodidades.

Nada del otro mundo.

A Jim Kelly no le interesaban mucho aquellos jóvenes suicidas. Excepto uno: John McLarry. Este era un joven irlandés pelirrojo muy callado e introvertido, que solía compartir sus cigarrillos con Kelly.

Había observado, sí, que en los ojos gris claro de McLarry latía siempre un destello profundo de rencor, de aborrecimiento intenso.

Se diría que John McLarry odiaba intensamente a alguien. O quizá a todos, sin discriminación. Su expresión concentrada era la de un hombre que sabía muy bien que un día tendrá la oportunidad de vengarse.

Kelly —también de ascendencia irlandesa por parte de su padre—, le había sondeado discretamente en algunas ocasiones. Pero McLarry era cauto y jamás se confiaba.

Había transcurrido el segundo año de prisión para Jim Kelly. Había pasado dos navidades preso —¡tanta amargura por aquellas fechas!— y comenzaba a perder la esperanza. Su expectativa más esperanzadora suponía un mínimo de diez años de prisión. Pero bastaría que anotaran en su expediente una nota negativa para que su estancia en Nuevo Presidio se alargase a los quince e incluso a los veinte años.

Recuérdalo, Kelly: de diez a veinte años por violación e intento de homicidio de una menor.

La vida era muy dura en Nuevo Presidio. Se acababa de producir un intento de fuga y los ánimos de los vigilantes estaban caldeados. Todo aquello podía traducirse por un mayor rigor en el control de los presos, castigos, restricciones e incluso malos tratos.

El ambiente de la prisión se volvía más denso y maléfico. A veces, Kelly era abordado por uno o dos jóvenes que, invariablemente, le proponían en confianza un plan de fuga *verdaderamente infalible*.

Que Jim Kelly hubiera deseado fugarse queda fuera de toda duda. En realidad, ¿qué preso no alienta en una determinada ocasión la esperanza de conseguir alejarse de la prisión, sea como fuera...?

Pero Jim había estudiado pacientemente las posibilidades de fuga. Eran muy escasas: apenas de un dos por ciento de probabilidades de éxito contra noventa y ocho por ciento de fracaso. Y el fracaso podía traslucirse de dos modos: ser descubierto antes de iniciar la huida o morir en el recinto intramuros acribillado por las ráfagas de ametralladora de los vigilantes de las elevadas garitas. Es decir, venía a ser lo mismo, porque si el presunto fuguista era capturado con vida, los funcionarios se encargarían después de hacerle aborrecer aquella simple palabra: *fuga*. Algunos se quedaban ciegos tras pasar medio año en las celdas llamadas «neveras». Otros, sencillamente, perdían el juicio y otros aprovechaban la más leve oportunidad para emprender por sí mismos el largo viaje al Más Allá. Es decir, muchos se suicidaban.

A veces, Kelly tenía una noche loca. Excitado su cerebro por la inactividad del encierro, elucubraba durante largas horas un alocado proyecto de fuga a vida o muerte. Pero a la mañana siguiente, le bastaba mirar las redes de acero situadas en las escaleras, para que su excitación nocturna se desvaneciese. Aquellas redes estaban colocadas en escaleras y galerías para evitar que los presos se suicidasen arrojándose al vacío desde las alturas. A pesar de lo cual, Monty Dobson —uno de los integrantes del Klan de los Mariquitas—

habían logrado distraer un alicate del taller, con el cual cortó disimuladamente la red de acero a la altura de la planta cuarta, situada a dieciséis metros de altura sobre el nivel del suelo.

Monty Dobson no se quitó la vida en un arrebato de locura. Fue producto de la más fría decisión, pues cortar la tela metálica de acero le llevó no menos de cuatro días (sólo podía dedicar unos minutos a aquella tarea, cuando al anochecer, los presos subían a sus celdas).

Cuando se cumplía el día quinto desde que Monty comenzase a cortar la red antisuicidas, Kelly escuchó un alarido infrahumano, vio el bulto humano que caía pesadamente y oyó el espeluznante crujido de los huesos craneales de Monty cuando cayó de cabeza contra los duros bloques de hormigón del pavimento.

El alarido de Monty cesó súbitamente y se hizo un silencio denso y angustioso. Luego,

pasado aquel momento de angustioso estupor, los vigilantes comenzaron a maldecir, a gritar y a hostigar brutalmente a los presos, hasta que consiguieron encerrarlos en sus celdas.

Kelly no pudo dormir en toda la noche. De madrugada escuchó algunos comentarios exaltados fuera de su celda. No eran los funcionarios, sino la excitada imaginación de los presos, que esa noche se debatieron violentamente en sus camastros, dominados por angustiosas pesadillas.

Kelly jamás volvió a saber de Monty Dobson, aquel delgado homosexual que gustaba de pintarse los labios con el zumo de las flores de rojos geranios. Probablemente, al día siguiente su cadáver sería trasladado al depósito con total indiferencia por parte de los funcionarios. *Un preso menos, una responsabilidad a evitar.*

El suicidio de Dobson sirvió de mucho a Jim Kelly. Fue un salvaje aldabonazo a su instinto de conservación.

«¡Yo no quiero morir! ¡Necesito vivir!»

¿Para qué?

Ya no tenía ilusiones. Los policías que le habían detenido y torturado, el jurado que le había declarado culpable, el juez que le había leído la sentencia... todos ellos habían colaborado a borrar todas las ilusiones de su joven espíritu.

Vivir, sí. Pero para la revancha.

Llegó otra Navidad, tan triste, nostálgica y preñada de amargura y soledad como las anteriores pasadas en prisión.

El día 24 de diciembre recibió la visita de su madre y su hermana. ¡Qué vieja parecía la antes hermosísima Dolores Kelly! Los sinsabores habían profundizado sus incipientes arrugas y las desazones habían marchitado su fino cutis moreno.

Cherry tenía el aspecto de una joven en sazón. A veces, su hermana desviaba los ojos cuando Jim la miraba.

Ahora no venían a visitarle muy a menudo. Kelly lo había exigido así. Las visitas de su madre y su hermana le provocaban sentimientos dulces, tiernos. ¡Y él necesitaba endurecerse por encima de todo!

Dolores y su hijo se miraron intensamente. Pero en seguida sonó el timbre que anunciaba el término de la entrevista y Dolores Kelly se separó de su hijo agitando una temblorosa mano y con los dulces ojos oscuros anegados en lágrimas.

En febrero, Jim recibió la visita de Frank Arias. Al principio, su expresión se animó.

¿Habría ocurrido el milagro, Charo Gálvez había vuelto en sí, habría conseguido superar aquel sueño de muerte en que rudos golpes la habían sumergido?

Frank Arias estaba serio: mala señal.

Luego llegó la noticia, demoledora:

—Lo siento, Jim: tu madre murió anoche. Un infarto. Cherry y yo conseguimos trasladarla en pocos minutos al hospital. Por desgracia, no se recuperó, aunque tres eminentes cardiólogos se ocuparon de ella. No volvió a recuperar el conocimiento. Murió a las doce de la medianoche.

Jim se derrumbó sobre el cristal del locutorio penitenciario. Sus manos se humedecieron con las abundantes y amargas lágrimas. Fue inútil que el abogado intentase consolarle: Jim no tenía consuelo. Aquél fue el trago más amargo de su

condena.

Por si la pérdida de su madre era poco, Frank Arias no consiguió de las autoridades penitenciarias el visto bueno para que Kelly fuera autorizado a salir de la prisión para asistir al funeral de su madre. Pasaron, lentos, los días y los meses.

Una mañana vino a verle Cherry. Parecía muy tímida e indecisa, daba vueltas y vueltas a las palabras, pero finalmente se decidió a hablar claro.

—Jim, voy a casarme. Compréndelo: mamá ha muerto, tú estás en la

cárcel y yo no puedo seguir sola. Hace tiempo que simpatizo con Mark Travis. Tú le conoces, es vecino nuestro.

Mark Travis. Un remilgado profesor de la Escuela Secundaria de Alvarado. Un hombre gordito, prematuramente calvo, de ojos pequeños y gafas con gruesos cristales. Tan modoso, tan observador, tan poca cosa. Para Cherry, Jim no podía ver a Travis como el esposo adecuado.

—Lo sé —dijo ella—. Confieso que no es mi príncipe azul, pero Mark supone para mí nada menos que la seguridad y... la respetabilidad. En Alvarado, los Kelly no tenemos futuro después de... de lo tuyo. Perdona, Jim, pero mamá y yo hemos sido marginadas de la sociedad durante este tiempo. Mark ha solicitado una escuela en Los Angeles. Si nos casamos, iremos a vivir a la gran metrópoli. Yo quizá pueda olvidar tantas amarguras.

¿Cuál es tu opinión?

Kelly alzó lentamente la mirada.

—Cásate con Mark Travis, Cherry —dijo. Pero sabía que a partir de allí había perdido a su hermana: el puritano y remilgado Travis rehusaría en adelante tratarse con un presidiario.

Esa noche, Jim apenas podía contener las lágrimas cuando al fin pudo dejarse caer sobre el camastro.

Había perdido a su madre, había perdido a la pequeña y entrañable Cherry, había perdido el honor, la fama, la libertad.

¿Cuál era su futuro, qué podía moverle a desear la vida?

«Sólo una cosa —se respondió, rabioso, a sí mismo—. ¡La revancha!»

CAPITULO IV

La noticia produjo cierta conmoción en la penitenciaría de Nuevo Presidio.

Y el primero en demostrar incredulidad fue Kelly.

John McLarry se acercó presuroso a él cuando marcaban el paso a mediodía camino del comedor donde les sería distribuido el rancho.

Algo había cambiado en el delgado y pelirrojo irlandés. Su apatía habitual había desaparecido.

—Jim, se lo he oído comentar a unos vigilantes... ¡Van a ponerte en libertad!

Kelly se detuvo, estupefacto. Pero en seguida él y McLarry se vieron empujados inconteniblemente por los compañeros que integraban la hilera de penados que les seguía.

Aún no había logrado recuperarse de la sorpresa cuando llenaron su plato de comida y llenó, instintivamente, la cuchara de plástico y se llevó el alimento a la boca.

—Pero ¿qué te ocurre, Kelly? —estalló McLarry, susurrando *sotto voce* —, ¿Es que no tienes sangre en las venas? —le increpó el irlandés de los cabellos rojos—. ¡Te he dicho que esta tarde te pondrán en libertad!

—Pero...

—¿Desconfías? Ya sabes que yo no soy un correbulos. Lo he oído, ¡lo sé! Esta tarde saldrás de aquí.

—No es posible —musitó Kelly con voz apagada.

Increíble. Los milagros son mitos. No ocurren nunca. Todo es árido y prosaico.

Necesariamente, John McLarry *tenía* que estar en un error. Quizá había confundido su apellido. O tal vez se tratase de otro Kelly.

—James Kelly, ése es el nombre que pronunciaron los vigilantes. Yo estaba tapando unos desconchones en el centro de vigilancia.

Ellos se creían solos. Y hablaban entre sí. Dijeron: «Ya ves, ese chico taciturno que parece eternamente atormentado, Jim Kelly, el número 22-0436» —McLarry bajó los ojos y miró el número estampado en negro, sobre la camisa de Kelly—. ¿Lo ves? ¡22-0436!

—¿Y qué? —murmuró Jim, debatiéndose entre el abatimiento y la esperanza.

Instintivamente también, había dejado de comer. Necesitaba alimentarse, pues la jornada había sido muy dura en el taller de carpintería, pero el apetito había desaparecido como por arte de magia. El rancho le repelía ahora.

—¿Y qué, qué dices? ¿Van a ponerte en la calle y me miras con cara

de palo? —se indignó el habitualmente indiferente McLarry.

Aferró a Kelly por el brazo izquierdo y le clavó profundamente las uñas en la carne.

—Jim, te estoy diciendo la verdad. La conversación que sorprendí... Bien, los funcionarios dijeron que una mujer llamada Charo Gálvez había hecho ciertas declaraciones ayer. ¿Vas entendiendo? Esa mujer ha declarado ante el juez. Dijo que tú eras inocente, que los hombres que la habían violado eran unos policías. ¡Maldita sea, no recuerdo los nombres que mencionaron los vigilantes...! ¿Ketchum?

McLarry le miraba fijamente.

Y Jim Kelly comenzó a sonreír.

¡Ketchum, el sátiro que se comía con los ojos a las jóvenes universitarias de Berkeley! Empezaba a tomar confianza. McLarry no podía inventar aquellos datos, puesto que Jim jamás se había confiado a nadie.

¡Entonces...!

McLarry seguía aferrándole por el brazo.

—Te dejarán marchar esta tarde, Jim. Te sacarán del taller de carpintería y te enviarán al centro de vigilancia. ¡Podrás hacer lo que yo siempre he soñado! —

susurraba el irlandés, poseído de una extraña excitación—. Te tomarás la revancha, esa revancha con la que has soñado miles de noches. ¿Te extrañas? ¿Crees que yo no sabía interpretar tu mirada sombría y concentrada, tus voces cuando soñabas?

McLarry jadeaba, tan intensa era su agitación interior.

—Yo estoy condenado a cadena perpetua, Jim, y probablemente nunca saldré de aquí, si no consigo la fuga. Claro que... hay muchas formas de conseguir huir... —

McLarry desvió los ojos. (Jim interpretó aquella expresión lejana: McLarry estaba pensando en el suicidio, como definitivo recurso para escapar de todo). Pero en seguida volvió a animarse—, Pero tú, Jim Kelly, saldrás de aquí y serás libre. Podrás volar adonde quieras. Por ejemplo, a Inglaterra.

—¿Por qué a Inglaterra? —murmuró Jim, como en sueños.

—Ve a Londres. Mi hermano Iam está en Londres. Háblale de mí, eso será suficiente. Y

él te abrirá todas las puertas y pondrá alas en tus pies. Hay muchas cosas que puede hacer un hombre tan desesperado como tú. Pero no lo olvides, Jim: Iam vive en West Kensington. Hay una taberna en Harbor Lane, se llama Henry's Pub. Ve allí y pregunta a Henry por Iam McLarry. Mi hermano te echará una mano. Es un tío cojonudo, con redaños y decisión, con amigos y contactos. No puedo ser muy claro contigo, Jim, pero —

John bajó la voz—, sé que Iam está relacionado con los provisionales del IRA. ¿No es ese el nivel al que tú quieres moverte?

Kelly asintió con un leve parpadeo. En el comedor se escuchaba el metálico tintinear de centenares de platos y cucharas.

—Pues no lo dudes. Ve. Al fin y al cabo... —a McLarry le brillaron intensamente los ojos—. Bueno, será como si lo hicieses por mí, como si John McLarry llegara con sus manos al viejo continente. Ve, Jim. Iam te hará fáciles las cosas.

* * *

Y así fue.

Jim Kelly fue puesto en libertad el 28 de febrero.

Charo Gálvez había vuelto del viaje —normalmente sin retorno— del coma profundo.

Su cerebro dañado se había recuperado milagrosamente. Y en cuanto los médicos y enfermeras le permitieron hablar, Charo estalló en una catarata de palabras apenas moduladas, pero lo suficientemente inteligible como para que el doctor Chuck García entendiese que lo que Charo Gálvez tenía que decir era grave y trascendental.

El médico telefoneó inmediatamente a Frank Arias, el abogado criminalista que había defendido a Jim Kelly. Y Arias visitó con urgencia a las autoridades jurídicas.

Jim Kelly no se había equivocado. Su intuición de cuatro años atrás habíase demostrado

certera: los hombres que habían violado a Charo Gálvez eran los policías Ben Ketchum, Robin González. «Calabaza» Brigson había convencido a sus cómplices al asesinato. Según González y Ketchum, Brigson era partidario de eliminar a la muchacha, con el fin de evitar que Charo pudiera denunciarles.

El proyecto de Brigson, tras la violación, tenía unas pinceladas maquiavélicas.

—¡Sí! ¿Por qué no? Podemos cargarle el muerto a ese muchacho que acompaña a Charo algunas noches. ¿Cómo se llama? —Brigson frotó ruidosamente el pulgar con el anular—. ¡Kelly, eso es!

De modo que Jim ni siquiera se había caído accidentalmente aquella noche. Después de golpear brutalmente a Charo, los tres policías, dejaron lo que suponían un cadáver entre los maizales y subieron al coche radiopatrulla.

Sabía lo que hacían. Tendieron una soga de extremo a extremo del camino. Y al cabo oyeron el petardeo de la moto de Kelly. Cuando el joven pasó con su máquina entre los dos manzanos, Brigson tiró de la soga, la tensó y... Kelly cayó violentamente al suelo. No perdió el conocimiento, pero se sentía muy mareado, pues no acostumbraba a beber más de dos cervezas y mucho menos solía fumar porros de marihuana. De todas formas, Ketchum se abalanzó sobre el caído y descargó sobre su cabeza el mortífero

«rompecráneos», dejándole inmóvil sobre el camino.

Después... Robin González puso en marcha la motocicleta y Brigson y Ketchum cargaron con el cuerpo exánime del joven y lo arrojaron sobre el asiento posterior del autopatrulla.

Charo continuaba inmóvil. No respiraba, o al menos los tres policías creyeron firmemente que la muchacha estaba muerta.

Pusieron a Kelly sobre el cuerpo de Charo, ensangrentada, semidesnuda, con las piernas entreabiertas. Y aguardaron. No debían darse demasiada prisa.

Brigson sacó una botella de ginebra del coche y pusieron el gollote entre los labios de Jim al que «Calabaza» Brigson apretaba la nariz para obligarle a beber. El muchacho, inconsciente, se atragantó y tosió, pero Brigson insistió y le hizo beber varias veces, hasta que el pecho del muchacho se impregnó del característico aroma de la ginebra seca.

Y...

Bien. Charo Gálvez había contado toda la verdad. Frank Arias atacó con todos sus bríos y su inteligencia. Los tres policías terminaron confesando ¡a verdad después de ser sometidos a careo ante el juez.

McLARRY no se había equivocado. Jim Kelly fue puesto esa misma tarde en libertad. En la puerta, sólo aguardaba una persona: Frank Arias.

Después de abrazarse y cambiar unas palabras nerviosas y plenas de tensa emotividad, el abogado dijo:

—Te prometo que esto no quedará así, Jim. La sociedad debe ofrecerte una compensación. Ciertamente nada puede compararse con cuatro largos años de cautiverio, pero el sentido de la justicia de nuestros magistrados te ofrecerá una satisfacción.

Frank Arias tenía razón: el estado de California ofreció una indemnización a Jim Kelly.

Exactamente la cantidad de trescientos cuarenta dólares. Aproximadamente le pagaban con un dólar cada cuatro días de injusta prisión.

CAPITULO V

Ian McLARRY era tal como su hermano John se lo había descrito: pelirrojo, de facciones angulosas y agresivas, ojos claros y perspicaces, inquietos, y contextura ágil y membruda.

Tenía un aire de autoridad y decisión. Parecía un hombre de ideas muy claras, de-finitivamente.

—Ya lo sé: tú eres Jim Kelly —dijo en cuanto Jim logró contactar con él en el pub de Henry, situado al oeste de la City.

¿Cómo lo sabía?

Kelly no había dado su nombre, sólo había citado a John McLARRY como contraseña.

¿Había enviado John una carta a su hermano? Kelly nunca pudo estar seguro de ello.

Pero Ian McLARRY le había identificado. Y el resultado de ello se

reflejó en seguida en la amistosa actitud del provisional del IRA. Sin alardes, puso en la mano de Kelly un fajo de billetes.

—Trescientas libras. Ve al Regent Hotel. Está a unos trescientos metros de aquí. Pide una habitación discreta y simula interesarte por las posibilidades turísticas de Francia. No hables por teléfono, no salgas demasiado. Espera que yo te llame. Vete ahora.

Jim se sentía decepcionado. ¿Eso era todo?

El estaba dispuesto a hacer volar el mundo entero y se encontraba a un sonriente y amable Iam McLarry, que le entregaba sin más una considerable cantidad de dinero y le enviaba a un hotel de tercera clase... con la única misión de vegetar alegremente.

Iam le acompañó a la puerta.

—No vuelvas por aquí, a menos que yo te lo indique así —le dijo al oído. Y añadió con un tono más relajado—: Bien venido, Kelly.

Fue caminando hasta el Regent Hotel y obtuvo su habitación. Siguió a rajatabla las instrucciones de Iam McLarry. No utilizó el teléfono, apenas salió una o dos veces durante la primera semana para comprar cigarrillos —podía haberlos encargado simplemente, pero necesitaba respirar aire ciudadano y pasear un rato— y unas guías turísticas de Francia, que simuló consultar frecuentemente cuando tomaba un par de cervezas en el bar del propio hotel o veía caer la brumosa tarde en el vestíbulo.

A mediados de marzo, recibió una llamada telefónica.

—Soy Iam. Unos amigos se interesan por ti, de modo que coge el Metro y ve a Trafalgar Square. Recibirás instrucciones allí.

Jim dejó escapar un suspiro profundo.

¡Por fin, la acción!

No tenía espíritu de mercenario, no perseguía obtener cuantiosas cantidades de dinero.

Sólo necesitaba tomarse la revancha. Pero una cosa era cierta también: se había acorchado de tal forma, que nada le importaba que el mundo entero saltase destrozado en pequeños fragmentos.

Cada vez que recordaba los trescientos cuarenta dólares que le habían

entregado en las oficinas del Palacio de Justicia de Los Angeles, una mueca amarga y cínica distendía sus bien dibujados labios. ¡Trescientos cuarenta dólares...! Iam McLarry, que apenas le conocía, le había entregado una cantidad tres veces superior. Y esto sólo para cubrir sus primeros gastos.

A las once de la mañana estaba al pie del monumento de hierro de la plaza de Trafalgar.

Alguien le rozó el brazo:

—Kelly.

Siguió al hombre moreno que vestía ropas deportivas y caminaba con andares de tigre.

Había un viejo Bentley a pocos pasos de distancia. El individuo de rasgos latinos abrió la portezuela trasera y le invitó a entrar.

Kelly se acomodó en el interior y el coche arrancó. Vio a otras tres personas, que luego resultarían ser Rocco Labroni, el vascofrancés Erramendi y el árabe Ben Hadagphi. No podía ver sus facciones, porque se cubrían con holgadas gorras de visera de tela tweed, grandes gafas de cristales muy oscuros y enormes bufandas de colorines que les llegaban hasta la nariz.

El joven de rasgos latinos se había puesto al volante y el vehículo se despegaba de la acera.

Ben Hadagphi y Rocco se sentaban a izquierda y derecha de Kelly. Durante los primeros minutos, nadie habló. ¿Estaban observándole, le estudiaban de reojo? Jim miraba a izquierda y derecha por el rabillo del ojo, pero no estaba seguro de que aquellos individuos tuvieran un particular interés por examinarle minuciosamente.

Al fin, el Bentley alcanzó el borde septentrional del Támesis.

—Tenemos un trabajo para ti, Kelly —dijo el italiano de improviso—. Pero no estamos seguros de que tú seas el hombre que nos conviene. Si te interesa, tendrás que someterte a algunas pruebas. Naturalmente, seguiremos corriendo con tus gastos. Las trescientas libras que Iam te entregó era dinero nuestro. ¿Qué respondes?

¿Qué podía responder?

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—No seas ingenuo. Eso sólo lo sabrás cuando hayamos decidido encomendarte la misión —pronunció incisivamente Erramendi—. Al fin y al cabo, tú no pierdes nada.

Vivirás en Londres a cuerpo de rey por una temporada. Si no nos interesas, te daremos algún dinero como compensación y no volverás a vernos. Pero si demuestras que eres el hombre que necesitamos, tendrás la posibilidad de ganarte cien mil dólares. Si no te interesan los dólares, podemos pagarte en la moneda que tú elijas.

Jim contuvo el aliento. ¡Cien mil dólares! ¿Qué cochinada tendría que llevar a cabo para ganar aquel dinero?

—Si funcionas bien, podrás ganar mucho más. Esos cien mil llegarán a parecerte una limosna, pero óyelo bien, Jim Kelly —ahora hablaba el árabe con voz sibilante—, si fracasas y sientes la tentación de engañarnos, no podrás dormir tranquilo en adelante.

Rocco dejó escapar una risita que relajó un tanto la tensión ambiental.

—No tienes que preocuparte demasiado, Kelly. Sobre todo si eres la clase de persona que suponemos —comentó ligeramente—. Cuentas con una baza importante: la recomendación de John McLarry que nos ha llegado desde América. Piénsalo tranquilamente. Daremos una vuelta por la City, ¿*bene*?

—De acuerdo —respondió calmadamente Kelly, aunque interiormente experimentaba una rara agitación.

Tomó el cigarrillo que le ofrecía el árabe y aceptó la lumbre del mechero de Rocco.

Miró la marca del cigarrillo: un aromático y carísimo Abdullah. Al parecer, los hombres de

acción no se privaban de ningún lujo.

El Bentley corría a cuarenta por hora a lo largo de las arboladas avenidas del Támesis.

Los jardines anunciaban la proximidad de la primavera real con un incipiente verdor en los setos y en las desnudas ramas de los árboles de hoja caduca. Era un día luminoso, so-leado, alegre.

—¿Bien? ¿Qué decides, Kelly? —preguntaba Ben Hadagphi amablemente—. Ten en cuenta que puedes decir «no», sencillamente.

Nos has sido recomendado y de ninguna manera te presionaremos. Puedes despedirte de nosotros o aceptar el periodo de pruebas. ¿Qué eliges?

—Opto por el período de pruebas —respondió Jim.

¿Fue una simple apreciación suya o realmente su declaración distendió sensiblemente la ligera tensión que dominaba el ambiente?

* * *

A primeros de abril, Iam le envió un mensaje. Fue la chica que atendía la planta la que llamó a la puerta de la habitación de Kelly y le entregó el estuchito de cerillas de Camel.

Camel. La marca preferida de Jim Kelly.

Dio una propina a la sirvienta y cerró la puerta. Abrió el estuche de cerillas. Como había supuesto, alguien había escrito algunos signos:

«Llama a KEN-2347, no desde el hotel.»

Jim se inmutó. Metido en el peligroso juego en el que estaba involucrado, ¿podía fiarse de un mensaje escrito en un estuche de cerillas de cartón?

—Una simple llamada telefónica no puede comprometerme demasiado —decidió.

Se puso una gabardina holgada encima de la chaqueta y salió.

Lejos del hotel Regent, buscó una de las clásicas cabinas rojas londinenses. Buscó el paquete de Camel en el bolsillo interior, extrajo un cigarrillo, frotó un fósforo y encendió.

Verdaderamente no necesitaba consultar las palabras y números escritos con bolígrafo azul en el interior del estuchito de cerillas... porque se lo sabía de memoria.

Seleccionó con soltura las monedas necesarias —ya llevaba casi un mes en Londres—

las introdujo en la ranura, escuchó el zumbido de la línea y marcó sin prisas: KEN-2347.

Y a los pocos segundos escuchó la voz de Iam McLarry.

—Estaba esperando tu llamada. Coge un taxi y ven a Pimlico. No des una dirección determinada. Yo estaré en pocos minutos cerca de ti.

—¿Es importante? —se atrevió a preguntar Jim.

—Pues... no lo sé. Sólo quiero estar un rato a solas contigo. No temas. Tú y yo. Haz lo que te he dicho. Te espero.

Kelly estaba a las seis de la tarde en el popular suburbio de Pimlico. Un barrio que había tenido mala fama quince o veinte años atrás — prostitutas, vida alegre, tabernas— pero que en la actualidad le pareció un remanso de paz.

Iam tenía razón. Tres minutos después de que despidiera el taxi en las proximidades de Dolphin Square, vio venir una potente motocicleta «Davidson», que le deslumbró momentáneamente al surgir a gran velocidad por Claverton Street. Unos segundos

después, la potente «Davidson» frenaba a su altura. El motorista bajó sus gafas y Kelly reconoció a Iam.

De pronto, McLarry alzo las manos y le encasquetó una ridícula gorra de visera en las sienes. Una gorra con los colores del club de fútbol Celtic de Glasgow.

—Tienes un pelo rabiosamente rubio y brillante, Jim —le reprochó dulcemente el hombre del IRA. Y le agarró vigorosamente por un brazo, le colocó sobre el asiento posterior de la moto y arrancó tan rápidamente que Kelly apenas tuvo tiempo suficiente para aspirar una bocanada de aire fresco.

Luego... Una precipitada, pero precisa carrera en moto a través de Londres. El puente de Chelsea, unas vertiginosas vueltas a través de edificios muy modernos y señoriales, el Albert Bridge, la percepción instantánea de las —al atardecer— rojizas aguas del Támesis.

Y seguidamente Chelsea, Brompton, Picadilly, Mayfair, Soho, Bloomsbury y finalmente, la tranquila zona de Saint Paneras, distrito C-1.

La entrada en un aparcamiento subterráneo, un pasillo y un tranquilo pub. Iam había dejado las gafas, el casco y el anorak en el aparcamiento, junto con la moto. Y se dejó caer, derengado, sobre el mullido asiento tapizado en skai *azul*.

—¡Uff! —suspiró—. Todas las precauciones son pocas, Jim.

Se acercó a Kelly, que se había sentado a su lado y susurró:

—En mi caso, todas las precauciones son pocas. Me buscan, ¿sabes? Hace más de cinco años. Y todavía me conservo... libre.

Hizo un ademán expresivo en dirección a la barra y un muchacho moreno que hablaba inglés con acento andaluz les trajo dos enormes cañas de cerveza.

Iam casi se bebió la suya de un trago. Miró a Kelly y dijo:

—John ha muerto.

Luego dejó caer el rostro sobre la mesa de haya y permaneció unos minutos inmóvil.

Cuando miró a Kelly, no había ningún rastro de emoción en su rostro.

CAPITULO VI

Hablaron durante tres largas horas.

Iam se había achispado un poco, a base de beber una cerveza guinness tras otra.

Parecía haber olvidado por completo el hecho de que su hermano John se había suicidado el día anterior en la lejana penitenciaría de Nuevo Presidio.

Según Iam, su hermano había utilizado idéntico sistema que aquel mariquita llamado Dobson. Es decir, se había apoderado subrepticamente de un alicate en el taller y día a día había ido cortando la red de acero de la cuarta planta, hasta obtener un disimulado agujero lo suficientemente grande como para permitir el paso de su delgado cuerpo.

Luego... Kelly podía imaginárselo sin dificultad. John McLarry habría conseguido subir de los primeros para disponer de los segundos necesarios para dar los últimos cortes al acero, arrancar el pedazo de red, respirar hondo y... lanzarse al vacío para iniciar el fulminante «último vuelo».

¿Por qué se había suicidado?

—Compréndelo —le explicó Iam—. Mi hermano llevaba doce años en prisión y había perdido toda esperanza. ¿Qué impulso vital puede tener un hombre relativamente joven que sabe que jamás saldrá de la prisión? John quería hacer algo importante. Por ejemplo, lograr que tú llegases a Londres y te entrevistaras con nosotros. Conseguido esto, la vida dejó de tener importancia para él. En cierto modo, quizá haya sido mejor así.

Kelly se sintió impresionado por el sentido trágico y fatalista de las palabras de Iam.

«Estos McLarry son duros como la roca madre —pensó—, Iam, aparte de los primeros minutos de emoción, ni siquiera ha soltado una lágrima mientras relataba la muerte de su hermano John.»

La cuestión era... «¿Podré yo llegar a ser tan duro como ellos, conseguiré dominar mis emociones y sentimientos como Iam...?»

McLarry pidió nuevas copas de cerveza. Pasó familiarmente un brazo

por encima de los hombros del norteamericano, le miró fijamente con un brillo trémulo en los ojos y susurró:

—La nuestra es una perra vida, Jim. Yo también he sentido el miedo y la angustia desde que empecé con esto. Sé que cualquier día me acribillarán a balazos en cualquier esquina.

O tal vez aprovechen mi borrachera para abrirme el vientre de una cuchillada. Aunque...

también es posible que mi coche vuele por los aires en cuanto mueva la llave de contacto.

Este es un mundo de fieras salvajes, Jim. Si no te endureces, si no te preparas debidamente, si bajas tu guardia un solo segundo, estarás camino del otro mundo en un abrir y cerrar de ojos —confesó.

Sus palabras destilaban amargura y asco.

Kelly parpadeó, desconcertado.

—Pero éstos no son los métodos de los agentes del AIS. Tengo entendido que los policías que luchan contra el IRA...

Iam dirigió una desconfiada mirada a su alrededor.

—¿El IRA? Hace más de un año que me expulsaron de los provisionales. Pedí algún dinero, eso fue todo. Estaba cansado de exponer locamente mi pellejo sin recibir la menor

compensación a cambio, ¿comprendes? Yo he visto cómo los vascos se gastan millones y millones en el Midi francés. Disponen de dinero abundante, se dan la gran vida. Pero nosotros... Bien, ya te lo he dicho: me expulsaron.

Iam calló. Kelly no se atrevía a hacerle ninguna pregunta.

McLarry se tragó la cerveza de un largo trago.

—Luego decidí aceptar algunas proposiciones de gente como Rocco, Erramendi, Ben Hadagphi y toda esa organización. Tú aún eres un novato, Jim. Pero lo que nosotros hacemos no son precisamente obras de caridad. Te dicen que tienes que matar a una persona determinada y lo haces. No caigas en el error de informarte acerca de tu víctima.

Puede ser un honrado padre de familia con cinco o seis hijos de corta edad. Lo mejor es cerrar los ojos y actuar. Una vez que te has metido

en este lío, es como la bola de nieve lanzada pendiente abajo: ya no se puede detener hasta que, tras haber engrosado monstruosamente, se estrella contra un risco o contra un albergue de alta montaña.

Kelly se sentía dolorosamente sorprendido y decepcionado.

Cierto que él vivía para la venganza, pero de todas formas esperaba que su revancha podría compaginarse con alguna acción heroica, idealista.

Había admirado a Iam McLarry antes de conocerlo personalmente. Pero el hombre que tenía al lado destilaba amargura, frustración y asco a través de sus palabras.

—Piénsalo bien, Jim —susurraba monótonamente McLarry—, Lo que vas a afrontar no es una heroica aventura que te llenará de honrada satisfacción. Cuando hayas terminado tu primera misión, no te sentirás orgulloso, sino que te aborrecerás a ti mismo y sentirás deseos de vomitar.

Encendió un cigarrillo y pidió nuevas cervezas con un ademán desmañado, incierto.

Permaneció silencioso hasta que el camarero que hablaba inglés con acento andaluz se alejó. Al cabo, después de beber la mitad de la copa, alzó de nuevo sus ojos turbios y miró a Kelly.

—Tú pareces buena gente, Jim. Demasiado bueno para este sucio oficio. Piénsalo, reflexiona detenidamente. Quizá tus motivaciones no sean tan fuertes como tú crees, tal vez no necesites adoptar una actitud tan drástica —pronunció en voz bajísima, que Jim percibía con dificultad.

—Pero...

—Ya te he dicho que no conseguirás ninguna satisfacción positiva, ni siquiera conseguirás saciar tu sed de venganza. Sólo recibirás dinero abundante, eso sí. Pero la tensión, la fatiga, la desconfianza y el miedo te debilitarán y avejentarán en pocos años.

De pronto, descubrirás que ya no posees la misma seguridad de antes, que tus manos tiemblan, que apenas puedes respirar, que te acogota la zozobra, que te constriñe el pánico. No tendrás amigos y acabarás aborreciéndote a ti mismo —añadió Iam, hundida la cabeza entre los hombros.

¡Qué profunda decepción...! ¡Am, que le había parecido un individuo lleno de energía y resolución, parecía ahora un hombre acabado y temeroso.

—Te cité aquí para comunicarte la muerte de mi hermano. Pero también quería advertirte. Para ello, me he emborrachado sistemáticamente. No hubiera sido capaz de revelarte estas cosas en estado de sobriedad, ¿comprendes?

Bruscamente, cambió. Su rostro se endureció.

—No digas una sola palabra de lo que te he dicho. Olvidalo todo. Pero antes de que nos separemos, escucha lo último que tengo que decirte. Esos cien mil dólares que te han prometido a cambio de un trabajo, es demasiado dinero para lo que ellos piden de ti. En realidad, cualquiera de los del grupo podría realizar la misión con más seguridad que tú.

—¿Quieres decir que lo que voy a hacer no entraña ningún peligro? —susurró Jim.

—¡Claro que sí! Si te cogen, puedes recibir un balazo en el cuello o, en el mejor de los casos, irás a parar a prisión de por vida. Lo que quiero explicarte es que ellos necesitan constantemente agentes nuevos para relevar a los que caen. Una vez hayas realizado con éxito tus primeras misiones, reducirán las cantidades de dinero a pagarte, ¿comprendes?

Los primeros cien mil dólares suponen el cebo. Luego te retendrán fácilmente, pues ellos obtendrán pruebas contra ti, Jim. Pruebas que te mantendrán eternamente sujeto a sus órdenes, pues bastaría la menor desobediencia para que los servicios secretos de determinado país recibiera un dossier completo sobre tus actividades, ¿vas entendiendo?

Es una trampa, ¡una maldita trampa! Ni siquiera yo he sido capaz de escapar de ella.

Ahora ya lo sabes todo. Vete ahora. Ve caminando un rato y luego tomas un taxi y '

regresas a tu hotel.

—Pero...

—No creo que volvamos a vernos, Jim. De todas formas celebro que conocieras a mi hermano. Es en honor a la memoria de John por lo que he decidido abrirte los ojos en el último momento.

Kelly se puso en pie, un tanto nervioso e intimidado. Tendió su mano a Iam, pero éste tenía la copa en la mano y bebía pausada mente, ajeno a todo lo que no fuera seguir emborrachándose sistemáticamente.

Abandonó el local y salió a la calle.

Las advertencias de Iam McLarry produjeron inmediatamente su efecto. Es decir, a su pesar Jim Kelly se sintió dominado por el temor y la desconfianza.

Caminaba aprisa, escogía las aceras más solitarias, se volvía a menudo, se ponía tenso cuando escuchaba el rumor quedo de unos pasos a su espalda.

También él se había emborrachado un poco, aunque no había bebido ni la cuarta parte que el ex provisional del IRA.

A las diez penetraba en el hotel Regent. Una amable voz le preguntó si quería que le subieran la comida a su habitación.

Jim rehusó la cena, pero aceptó una botella de ginebra.

Sentado en el borde del lecho, con un vaso de helado licor en la mano, caviló hasta la madrugada.

Quizá fueron los vapores etílicos los que le impulsaron a sintetizar una deducción equivocada.

«En definitiva, creo que Iam está acabado. Tiene ya treinta y cinco años y ha vivido demasiados riesgos. Los nervios le gastan malas pasadas y empieza a ver fantasmas por todas partes», pensó.

Desconfiaba del equilibrio emocional de McLarry. Era evidente que la muerte de su hermano le había sacado momentáneamente de quicio.

«¿Por qué no he de hacer lo que me he propuesto? En cualquier caso, si en el

futuro no me satisface trabajar para esta gente, ¿quién me impedirá desaparecer tranquilamente?»

Con dinero se consigue todo: el silencio, la amistad, la colaboración, la complicidad, y Jim Kelly iba a ganar mucho dinero. Nada menos que cien mil dólares.

Pero, además, él necesitaba tomarse la revancha.

Si quería alejar todo remordimiento, no tenía que hacer otra cosa que recordar sus cuatro años de cárcel. Cuatro largos años de injusta condena en un lugar tan infesto como la penitenciaría de Nuevo Presidio.

Bastaría recordar el hedor de la prisión. El miedo y la repugnancia, las humillaciones de los funcionarios penitenciarios, la opresión del clan de Anastasia, el acoso de los homosexuales, la desesperanza del encierro, el trauma del sistemático

«lavado» de voluntad que convertía a los hombres en peleles, en obedientes autómatas...

Kelly se esforzaba en hacer sangrar la herida de nuevo. Poner voluntad en recordar llevaba a la obsesión. Y la obsesión rendía sus frutos.

Muy cerca del amanecer, Jim Kelly estaba totalmente ebrio. Y decididamente dispuesto a colaborar con Ben Hadagphi y su grupo de acción.

CAPITULO VII

Kelly superó fácilmente el periodo de pruebas.

En realidad, no se trató de un ejercicio cruento.

Le habían ordenado transportar media docena de bultos a determinadas ciudades de Inglaterra. El encargo llevaba siempre consigo una amenazadora advertencia:

—No caigas en la tentación de comprobar el contenido de esta caja. Entrégala a quien te hemos dicho y vuelve. Eso es todo —le recomendaba Rocco invariablemente.

Por supuesto, que Jim sentía curiosidad. Pero la refrenaba sin gran esfuerzo.

Puesto que se trataba de un período de pruebas, lo más sensato era imaginar que aquella gente estaría vigilándole de cerca. Nada de errores, por tanto.

En junio, Ben Hadagphi le envió a Kent con el encargo de dar una paliza a determinado individuo. Nada de delicadezas: Kelly utilizaría una porra de plomo forrada de caucho.

—Dale una buena paliza y rómpele un par de huesos. Nada más.

Nada más...

A Kelly le entregaron un pequeño Morris —robado, con toda probabilidad— y le dieron el nombre del individuo y su dirección.

Mientras conducía hacia Kent, Kelly cavilaba activamente.

«La víctima debe ser un tipo que les ha traicionado. Por eso quieren darle un buen escarmiento», dedujo.

Llegó a Kent a las seis de la tarde, tomó un bocado y un par de cervezas en un bar de la carretera e hizo tiempo hasta el oscurecer.

Encontró fácilmente el domicilio de su víctima. Vivía en Escandor Row, una hilera de chalets adosados.

Llamó al timbre y salió el hombrecillo. Se llamaba Morton Grins y era regordete y calvo.

A Kelly no le costó gran esfuerzo hacer lo que hizo. Porque Morton Grins le recordaba increíblemente a Mark Travis, el puritano maestro de escuela que se había *llevado* a su hermana Cherry. Y Kelly sentía un rencor intenso hacia Travis.

En cualquier caso, Morton Grins no pudo defenderse. El primer golpe en el estómago lo obligó a doblarse violentamente hacia adelante.

Luego...

Kelly prefería no recordarlo. Le producía repugnancia.

Pero cumplió a rajatabla la orden recibida.

Y eso fue todo.

De pronto, una noche recibió el aviso de Rocco Labroni.

—Liquida tu cuenta en el hotel y simula que te diriges a Francia. Ve a Heathrow en taxi, entra en el vestíbulo de salidas internacionales, da unas vueltas y sal disimulando. Te esperamos en...

A las once, estaba subiendo la estrecha escalera de un viejo edificio de Barbican. Llamó a la puerta, esperó unos segundos. Se oyó el chirrido de la mirilla: estaban observándole.

Luego se abrió la puerta y entró.

Rocco, Erramendi y el árabe estaban aguardándole. No había otras personas en el sucinto apartamento apenas amueblado con viejos muebles de deshecho.

—Siéntate.

Le miraba fijamente. Luego Ben Hadagphi dejó caer algo sobre la mesa. Un certificado de depósito, un talonario de cheques, algunos cheques de viajero por unos cinco mil dólares adicionales.

—Los *travellers* son para cubrir tus gastos —explicó el árabe, sin darle importancia—.

Cincuenta mil dólares forman la primera parte del pago de tu trabajo. El resto cuando lo hayas terminado. Al amanecer, tomarás un taxi y te dirigirás al aeropuerto de Heathrow y tomarás el vuelo a Lisboa-Casablanca. Pero tú te quedarás en Lisboa. Desde allí, irás en automóvil a la frontera española y pasarás a España por Badajoz.

Kelly memorizó aquellos datos.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Nada más, por el momento. Te alojarás en el hotel Santos y esperarás instrucciones.

Ah, también deberás llevar contigo esto.

El árabe depositó lentamente sobre la mesa un brillante tubo metálico de unos ocho centímetros de longitud por dos de diámetro.

Lo tomó en su mano, lo sopesó. Parecía macizo, pero pesaba demasiado poco. Sin embargo, no logró encontrar ningún encaje ni fisura.

—¿Qué es esto? —preguntó, asombrado.

—No te importa. Como podrás comprobar, es pequeño y delgado. Pero deberás cuidarlo más que a tu propia vida, Kelly. Lo mejor es que lo lleves escondido en el recto. Si te lo encuentran... Una de dos: o te eliminamos nosotros o te pudres para siempre en una cárcel española. Y tengo entendido que allí no sirven los menús del Savoy —especificó Ben Hadagphi.

Jugueteaba descuidadamente con su peligrosa y afilada gumia, que un momento después acercaría sádicamente al cuello de Kelly.

—No caigas en la tentación de huir con el dinero, porque siempre estaremos muy cerca de ti. Te prevengo: no podrías escapar.

Aunque la proximidad del acero en su garganta le cortaba la respiración, Kelly tuvo la suficiente sangre fría para dejar escapar una ligera carcajada.

—No es necesario que me amenacéis. Sé muy bien lo que tengo que hacer —declaró.

Rocco y Erramendi asintieron.

—Tanto mejor. Dile el resto, Ben.

El árabe apartó la gumia del cuello de Kelly.

—No lleves mapas, que podrían comprometerte. En Lisboa tendrás a tu disposición un coche deportivo. Pasarás por un playboy americano, por un millonario desocupado con ansias de diversión. Esto es todo.

Hospédate en el Santos y aguarda nuevas instrucciones.

Kelly tomó los documentos y se los guardó. No temblaba su mano. Poseía un increíble control sobre sus propias emociones. Un control emocional aprendido en la dura escuela de la cárcel.

Luego cogió el tubo.

—¿Y esto? ¿Cómo voy a metérmelo *ahí*? —preguntó, un tanto azorado.

Rocco y Erramendi dejaron escapar burlonas carcajadas.

—¡Vamos, vamos, Kelly! —dijo el italiano—. Un tubo es el medio que tienen los presidiarios para disponer de dinero de curso legal dentro de la prisión. Y tú has estado

cuatro años en la cárcel. Es fácil. Entra en el lavabo, te bajas los pantalones y el slip y...

—...te lo introduces suavemente en el culo —añadió groseramente el árabe.

—Pero cuando tenga que...

—No hay dificultad alguna. Cuando tengas que evacuar, adopta la precaución de recobrar el tubo con una mano. Lo lavas, terminas y vuelves a introducirlo. No creo que sea demasiado trabajo, a cambio de cien mil dólares.

—Está bien. Me marchó —dijo Kelly, disponiéndose a salir.

Pero Ben Hadagphi le detuvo bruscamente.

—¡Ah, no, no, camarada! Dormirás aquí hasta mañana. Y ahora, delante de nosotros, demostrarás que puedes viajar con ese tubo en tus intestinos —le advirtió el árabe.

Fueron los tres con él al pequeño y miserable cuarto de aseo. Fue un acto humillante para Kelly, entrenar aquellas sucias maniobras ante las miradas atentas de los tres terroristas.

Pero descubrió que no era tan difícil como podría imaginarse. Bastaba humedecer el tubo y empujar ligeramente. El cilindro metálico quedó alojado fácilmente en su recto, sin provocarle el menor dolor.

Ben Hadagphi insistió en que durmiera con el tubo colocado. Luego le

llevaron a un cuartucho próximo y le indicaron un camastro.

—Es tarde y mañana tendrás que madrugar. Duérmete cuanto antes. Nosotros velaremos tu sueño —le recomendaron.

Pero Kelly no pudo conciliar el sueño en las primeras dos horas. Ahora acudían tumultuosamente a su cerebro algunas de las advertencias de Iam McLarry.

Los cien mil dólares primeros son el cebo que te obligará a picar. Pero ellos obtendrán pruebas contra ti y te sujetarán como a un esclavo. Ni siquiera yo he sido capaz de escapar...

Además... ¿qué diablos contenía aquel tubito metálico como para que su simple transporte valiese cien mil dólares?

Kelly no quería saberlo.

¿No había roto ambos brazos a un desconocido llamado Morton Grins sin preguntar cuál era el motivo de aquella paliza...?

Lo mejor era no enterarse de nada, así no se sufría ni se sentían remordimientos. Un simple viaje, la pequeña molestia de pasar aquel tubo alojado en su vientre y luego...

cien mil dólares.

Al fin y al cabo, las cosas no iban tan mal para Jim Kelly.

CAPITULO VIII

El Lusitania Express devoraba kilómetros y kilómetros de vía en medio de la campiña.

Kelly despertó súbitamente y se alzó de un respingo.

Pero no había motivos de alarma: se trataba del revisor, que acababa de despertarle asiéndole suavemente del hombro y le pedía el billete con una sonrisa de disculpa.

Se tranquilizó. Buscó el tiquet en su bolsillo y preguntó al revisor:

—¿Falta mucho para Badajoz?

—Unos cincuenta kilómetros. Pronto pasaremos por Elvas.

¡Elvas! A unos veinte kilómetros de Badajoz.

Rocco y los otros no iban a encontrarle fácilmente. No iban a tener muchas probabilidades de obtener contra él aquellas pruebas a las que había aludido Iam McLarry. Porque Jim Kelly no iba a obedecer estrictamente sus instrucciones, eso estaba claro.

Kelly se había apartado del camino marcado al elegir el tren en lugar del lujoso automóvil deportivo con el que había recorrido Lisboa durante casi una semana.

No es que pensase faltar al compromiso. Kelly pensaba llevar aquel incómodo cilindro metálico a Badajoz.

El día anterior había recibido en Lisboa la primera comunicación telefónica. Era Rocco el que hablaba:

—Badajoz, cuando estés allí, marca el número 22-04-36. Apréndetelo de memoria. Tu contacto te dará una cita en lugar discreto. Entrégale el objeto. Al día siguiente, toma la carretera Badajoz-Huelva y llega hasta Villa Real de Santo Antonio, pasa la frontera y vuelve a Lisboa. Desde allí viajaremos hasta Londres, de regreso. Eso es todo.

22-04-36.

Curioso. Era el mismo número que había llevado estampado en su camisa de presidiario durante cuatro años.

¿Se trataba de una simple casualidad o la coincidencia tenía algún

misterioso significado?

No pudo plantearle aquella cuestión a Rocco, pues la comunicación se interrumpió en ese momento.

Al principio, Kelly había imaginado que el napolitano le hablaba desde Londres. Pero llamó a la central de teléfonos y averiguó que la llamada procedía de... un teléfono situado en el barrio portuario de Lisboa.

«Así que es cierto. No se fíen de mí: me vigilan.»

A partir de ese momento, Kelly decidió conducirse con idéntica desconfianza. Y por eso adoptó la decisión de elegir un medio de transporte distinto al que le habían indicado. De ninguna forma entraba en sus cálculos permitir que el grupo de Ben Hadagphi le man-tuviera sujeto bajo extorsión eternamente.

Se puso en pie lentamente. Se había quedado solo en el departamento del vagón.

Mejor.

Salió al pasillo y echó una ojeada a los dorados o verdes campos que desfilaban raudamente ante sus ojos.

Sacando la cabeza y parte del tronco a través de la ventanilla vio fugazmente un rostro cetrino que desaparecía en seguida.

No lo dudó ni un momento. Corrió hacia la plataforma y abrió la puerta.

El convoy había reducido su marcha al acercarse al puente metálico. Kelly entrevió el cabrilleo de las aguas del río y decidió.

Aspiró el aire fresco, contuvo la respiración y... saltó con todas sus fuerzas. Su cuerpo pasó rozando la baranda metálica peligrosamente, pero unos segundos después se zambullía en las profundas aguas verdosas.

Llevaba las manos por delante, temeroso de chocar bajo las aguas con algún tronco sumergido o algún erizado peñasco. Pero no sucedió nada de esto: la corriente era rápida y le arrastró velozmente.

Emergió treinta metros aguas abajo del puente, perdida ya la respiración. Chapoteó hacia la orilla, festoneada de espesos bayones, y

se afianzó a las plantas acuáticas.

Permaneció allí dos o tres minutos, respirando afanosamente y dejándose mecer por la corriente.

Cuando salió del estrecho cauce del río, el expreso había desaparecido.

Se quitó la chaqueta, la tendió al sol sobre un atarfe, se descalzó y retorció sus calcetines y vació el agua que llenaba sus flexibles mocasines. Luego se desnudó completamente e hizo otro tanto con su ropa interior, que tendió sobre la hierba a secar.

Sentía unos irrefrenables deseos de fumar, pero el paquete de Camel estaba mojado y los cigarrillos se deshacían fácilmente al intentar sacarlos. Era inútil.

El sol apretaba de firme y su ropa estuvo seca en una hora. Se vistió entonces, echó una ojeada a su alrededor y echó a caminar, bordeando el río.

No pudo distinguir la ciudad amurallada hasta que descendió al ancho valle. Allí estaba Elvas, extendida sobre un cerro.

Su reloj digital seguía funcionando, a pesar de la mojadura y del violento impacto sobre las aguas.

«Las once de la mañana. Si aprieto el paso, estaré en Elvas a mediodía», pensó.

Estaba decidido a aprovechar el tiempo hasta el último segundo. Alquilaría o compraría un pequeño automóvil en Elvas y en media hora estaría en Badajoz, destino final.

Sí, sí, marcaría aquel número de teléfono, acudiría a la cita con su contacto y le entregaría el maldito tubo que llevaba alojado en el recto. Después... Bueno, se tomaría tiempo para reflexionar y decidir el futuro. No tenía prisa.

Estaba seguro de que aquel rostro cetrino que había visto aparecer fugazmente por una ventanilla del Lusitania Express correspondía a uno de los hombres de Ben Hadagphi.

Unas facciones oscuras, un árabe, probablemente. Lo que venía a significar que Ben Hadagphi no dejaba nada a la improvisación: había tenido en cuenta, incluso, que Kelly podía decidir a última hora huir o

tomar otra ruta.

Eran peligrosos, sí. Muy peligrosos. Había que tomar precauciones con aquella gentuza.

Por fortuna, Kelly había tenido la precaución de adquirir en Lisboa uno de esos billeteros herméticos de plástico que sólo cuestan unos escudos. Dentro del billetero, sus documentos, los cheques y el dinero se conservaban perfectamente secos. He ahí uno de sus aciertos.

Pero no se había decidido a adquirir un arma, aunque en Lisboa se había acercado a él

un joven ofreciéndole todo un muestrario de armas automáticas.

Pero Ben Hadagphi lo había decidido en Londres.

«Nada de armas. Los de la aduana de Caia desconfían sistemáticamente. Si te cachearan, si te encontraran una pistola, todo estaría perdido.»

Así pues, nada de pistolas.

Aunque ahora, caminando a paso vivo junto a la valla electrificada de una explotación ganadera, Kelly se hubiera sentido mucho más seguro llevando en el bolsillo el bulto reconfortante de una aplastada Magnum.

¡Cómo calentaba el sol su espalda caminando hacia Elvas al borde de los trigales en sazón...!

Al fin, llegó a la carretera, observó el rótulo de «PEATON, EN CARRETERA CAMINA POR

TU IZQUIERDA» y apretó el paso.

Algunos automóviles portugueses cruzaban la *strada* a velocidad de vértigo. Kelly pensó si no sería más fácil hacer autostop, pero finalmente desechó la tentación. Uno de aquellos veloces automóviles podía pertenecer a cualquiera de los sicarios de Ben Hadagphi.

Sudaba como un condenado cuando alcanzó finalmente el extrarradio de Elvas y subió a un autobús urbano. El coche, atestado de mujeres vestidas con negros ropajes, rodó por una avenida adoquinada, penetró a través de las murallas y gateó a través de las estrechas callejas de la ciudad.

Kelly descendió en una magnífica plazuela de estilo medieval y descendió por una angosta calle sin aceras. Vio un rótulo: «VATATA. TABACOS. BAR.»

Apartó la cortina y entró. El fresco ambiente del local le obligó a respirar profundamente.

No era un negocio muy amplio. Un pequeño mostrador abarrotado de linternas, mecheros, estilográficas, bolígrafos y cigarrillos y otro más corto aún, donde se expendían las bebidas. Al fondo a la derecha, algunas mesas ocupadas por hombres pausados que bebían lentamente sus *copos de vinho branco* fresco.

El dueño le miró con curiosidad.

—Querría beber algo. Y comer —dijo Kelly en español.

El portugués asintió con fácil sonrisa. Le llevó a una mesa retirada y puso sobre la mesa una preciosa jarra de barro, vidriada y decorada y un pintoresco *caneco* para el vino.

—¿Bifes, ensalada? —Kelly asintió un tanto distraído, mientras el dueño le servía el fresco y fragante vino. Kelly bebió un largo trago del vino y notó que retornaban sus energías, perdidas bajo la ardorosa caminata a campo traviesa.

Todo le sabía succulento y en su punto. Los gruesos y jugosos bistecs, la fresquísima y tierna ensalada, el vino, sabroso y vigoroso... Le venía bien la calma de aquel local, las conversaciones a media voz, la serenidad y la sencillez que impregnaban el ambiente.

Comió rápida y vorazmente y se puso en pie para pagar al dueño. Compró un paquete de Camel y un encendedor —el suyo se había estropeado al mojarse— y pagó en dólares, sin el menor obstáculo: Vatata, el dueño, lo admitía todo: dólares, pesetas, francos, marcos.

La generosa propina no era necesaria, pero facilitó los informes que necesitaba Kelly.

Había un negocio de compra venta y alquiler de automóviles en Rúa Figueiras. ¿Ropas

confeccionadas? A un paso, en O Arco Iris. También la peluquería de caballeros estaba próxima.

— *Obrigado, obrigado* —repetía Vatata cuando ya el norteamericano

caminaba cuesta abajo hacia la tienda de confecciones.

Compró un traje fresco, veraniego, de color azul, que se cambió en el mismo probador.

De allí fue directamente a la peluquería Joao Andrades. Pronunció un rápido «boa tarde»

y se sentó en un sillón vacante.

Cuando salió de allí iba pulcramente afeitado, a excepción del bigote, que había decidido dejar crecer a partir de allí. Pero tenía un aspecto absolutamente diferente: el amable Joao Andrades había teñido de negro latino sus rubios cabellos irlandeses.

«Con esa gentuza, toda precaución es poca», pensaba.

Pero estaba decidido a cumplir su compromiso hasta el último momento. Después...

El negocio de compra venta de automóviles estaba cerrando cuando Kelly entró. Pero el joven propietario le interesó inmediatamente la petición del norteamericano: quería comprar un utilitario de aspecto discreto.

El «carro» ideal —según el vendedor— era un Fiat-800 color beige. Había sido reparado recientemente y revisado de arriba abajo. ¿El precio? El encargado se conformó con mil dólares en *travellers-checks*.

En cuanto a la documentación, se le entregaría dos semanas después. Bastaba con dejar una dirección cualquiera, adonde le sería remitida. Mientras tanto, le entregarían un documento privado y una póliza de seguros por un mes.

Perfecto.

A las tres de la tarde, Jim Kelly abandonaba el garaje conduciendo el pequeño pero rápido utilitario, pedía instrucciones a un viandante para encontrar la carretera y rodaba hacia la frontera de Caia.

Vatata le había dicho que la mejor hora para pasar la aduana rápidamente era entre las tres y las cuatro. Bajo los ardorosos rayos del sol, nadie salía a la carretera. Por lo demás, algunos vigilantes dormían la siesta y los de servicio atormentados por la agobiante canícula, preferían agilizar los trámites aduaneros con tal de no permanecer al sol.

Kelly conducía con toda atención. Llevaba las ventanillas de ambas portezuelas bajadas para que entrara el aire, pero el chorro que penetraba en el interior era tan ardiente que quemaba su rostro y sus brazos.

Por fortuna, a medida que avanzaba hacia Badajoz la elevada temperatura se iba mitigando un poco. El paisaje se tornaba más y más verde a cada kilómetro recorrido.

A las tres y veinticinco divisó la señal de tráfico que prevenía de la proximidad de la frontera.

Unos minutos después, su coche se detenía lentamente ante el control de los *guardinhas*. Fueron apenas cuatro minutos. Un obeso vigilante le pidió los documentos personales y los del coche. Se alejó y volvió en seguida, se los devolvió y deseó con una sonrisa apagada:

—*Bom viagem!*

Al otro lado del puente internacional sobre el río Caya estaba la aduana española. Kelly arrancó y atravesó el puente a pequeña velocidad. Un guardia civil le indicó con un gesto que condujera el vehículo hasta el carril situado a la derecha. Nuevamente le fueron soli-

citados los documentos. Pero otro guardia civil armado de metralleta le vigilaba a pocos pasos.

—¿Quiere bajar del coche, señor Kelly? —le indicó al que había tomado sus documentos.

Un calor insoportable ascendió hasta el rostro de Jim. Luego, lentamente, descendió y siguió al funcionario. El guardia civil de la metralleta siguió sus pasos sin perderle de vista.

CAPITULO IX

Le ordenaron desnudarse por completo.

—Pero ¿por qué? —se atrevió a protestar, aunque no con demasiada insistencia.

Un funcionario de aduanas le obligó a inclinarse hacia adelante. Kelly notó que una mano enguantada palpaba sus genitales y su ánimo quedó en vilo, cortada la respiración y suspendidas momentáneamente sus funciones vitales.

Un dedo hurgó tímidamente su ano.

«¡Dios mío! —temió Kelly—. ¡Ahora...!»

Pero no ocurrió nada de lo que esperaba.

—No lleva nada —susurró el celador que acababa de cachearle. El guardia civil le autorizó a vestirse.

Fuera ya, le dieron una disculpa.

—Es un trabajo de rutina, señor Kelly. Lo sentimos de veras, pero esto forma parte de nuestro trabajo.

Malhumorado, sofocado, humillado, pero contento al fin y al cabo, Jim Kelly se dirigió a su coche.

Su mano derecha quedó rígida sobre el tirador de la portezuela. Sus ojos acababan de posarse sobre el flamante coche deportivo de color azul que aguardaba al otro lado del control, ya en la parte española libre. Era un Volkspport, matrícula DC-789, de Lisboa. Era *su* Volkspport, el coche que Ben Hadagphi había puesto a su disposición en Lisboa.

Retrocedió apresuradamente. El guardia civil de la metralleta le miró con curiosidad.

—Estoy muerto de sed —declaró Kelly—. Necesito tomar algo frío. Por favor, ¿puede indicarme dónde está el bar?

El guardia civil asintió amablemente.

—Desde luego, señor Kelly. Rodee el edificio situado junto a aquellos sauces. El bar está en la parte posterior. Pero antes, por favor, retire el coche. Hay un parking junto al bar.

Kelly murmuró un estrangulado «gracias», se introdujo en el candente Fiat-800 y dio la vuelta hacia el edificio arropado por los frescos sauces.

Entró en el bar, consumió a grandes tragos dos enormes vasos de refresco de naranja casi helado, dejó un billete al barman y salió.

No se dirigió hacia España. Por el contrario, torció en dirección prohibida y ganó nuevamente el puente internacional.

A los *guardinhas* les dio una disculpa cualquiera: se había olvidado unas compras en Elvas y necesitaba recuperarlas. Los de la aduana

portuguesa le dejaron pasar con una sonrisa conmisericordiosa.

Conducía con el acelerador a fondo, dominado por una extraña sensación de tensión e inseguridad.

En primer lugar, acababa de pasar uno de los peores tragos de su vida cuando el guardia civil le llevó a una de las dependencias aduaneras y le anunció que iban a cachearle. Y

todo lo que sucedió después. Por fortuna, el celador de aduanas no era un hombre muy experto. O quizá excesivamente pusilánime en su desagradable tarea de cacheador. En cualquier caso, no le habían encontrado el tubo.

Pero la presencia al otro lado del control del Volkspolizei significaba que Ben Hadagphi y

sus adláteres le habían situado finalmente y esperaban solamente que Kelly pasase la aduana para ajustarle las cuentas.

«Lo más probable es que sospechen que he intentado traicionarles. Y en ese caso...»

Ben Hadagphi era un hombre sin escrúpulos, de los que no dudan en matar con la mayor sangre fría. Kelly había desoído sus advertencias y esto significaba tanto como la muerte.

¿Qué hacer ahora? El árabe y los suyos vigilarían constantemente los pasos aduaneros.

Si Kelly quería pasar a España, se vería obligado a cruzar la frontera clandestinamente.

Vio aparecer de pronto la potente moto en el confín de una larga recta. Al principio, Kelly no desconfió, pero comenzó a preocuparse al notar que el motorista que venía en dirección contraria aminoraba la velocidad de su máquina.

En el momento de cruzarse, Kelly reconoció a Rocco Lebroni. Y este reconocimiento sólo le produjo intranquilidad, pues si Ben Hadagphi era peligroso como una serpiente, el napolitano era cruel hasta el sadismo.

Además, acababa de comprobar que la potente Honda que conducía Rocco ostentaba una larga antena «tralla», lo que llevaba a suponer que disponía de un radiotransmisor instalado en la motocicleta.

Kelly contuvo el aliento hasta que la moto de Rocco se convirtió en un puntito imperceptible en ja lejanía.

Lo que hizo a continuación fue absolutamente impensado. Vio un camino a la izquierda, frenó impulsivamente y redujo la velocidad. Un momento después corría a gran velocidad a lo largo del camino formado con zahorra roja apisonada.

A izquierda y derecha iba viendo las cancelas y entradas a otras tantas fincas. Pero Kelly siguió adelante sin detenerse. El camino era bueno y permitía correr a setenta kilómetros por hora.

Desde luego, Kelly sospechaba que tanto Rocco como los que iban en el Volksport vendrían en su busca en seguida.

No se equivocaba. Detuvo el coche a la fresca sombra de un bosquecillo de eucaliptos que crecía en la cima de una colina, bajó y miró hacia abajo. En seguida vio la manchita azul del coche deportivo lanzado a una velocidad endiablada por la carretera. La moto de Rocco sólo era un puntito que precedía al coche, pero entornando los ojos y haciendo pantalla con una mano, Kelly logró distinguirla.

Sólo quedaba esperar una desgracia más: que ambos vehículos abandonasen la carretera y tomasen el camino que él mismo había seguido. Y esa desgracia sucedió.

Atropelladamente, Kelly volvió al coche, dio al contacto y bajó de la colina dando tumbos, a todo gas.

—¡Maldita, maldita, maldita sea! —bramaba entre dientes—. Debí comprar la pistola por encima de todo. Si la hubiera comprado, ahora no andaría huyendo como un conejo asustado.

Volvió al camino y su utilitario rodó a noventa por hora dejando tras de sí una estela de polvo rojo visible a varios kilómetros de distancia.

A medida que se alejaba hacia el suroeste, el paisaje iba cambiando de verde a dorado, y de amarillo a pardo. Al mismo tiempo, los caseríos y cortijos del Alemtejo se iban esparciendo y aparecían los primeros cerros poblados de rastrojos y matorrales

espinosos.

Corría al borde de un espeso trigal cuando notó que su automóvil aminoraba la marcha y bandeaba peligrosamente de izquierda a derecha, a punto de salirse del camino, más estrecho e irregular ahora.

A sus oídos llegaron dos estampidos secos.

—¡Me están disparando! —gruñó, aferrado al volante—. ¡Han debido reventarme algún neumático!

Un balazo se estrelló secamente a su espalda y la luna posterior se convirtió en una intrincada tela de araña.

Simultáneamente, detrás de él surgió una potente llamarada. ¡El motor trasero acababa de incendiarse...!

—No iré mucho más lejos —murmuró Kelly, asustado—. Lo mejor es abandonar el coche aquí mismo.

El vehículo abandonó el camino, rodó por un barbecho recién labrado. Inmediatamente los gruesos terrones frenaron su marcha y el vehículo se detuvo.

Kelly tomó la gran bolsa de plástico en la que había envuelto su traje usado en los almacenes O Arco Iris de Elvas y corrió hacia el trigal que distaba unos ochenta metros.

No bien acababa de zambullirse materialmente entre los resecos tallos del trigo, cuando escuchó el potente zumbido de una motocicleta.

Aguardó conteniendo la respiración y avizoró a través del trigal.

Oyó un grito de aviso. Rocco corría con su moto sobre los terrones del barbecho en dirección al Fiat-800, envuelto en llamaradas.

«Quizá se distraigan unos minutos mientras comprueben si mi cuerpo está achicharrándose dentro del coche», caviló Kelly.

Y dio la vuelta y profundizó silenciosamente en el trigal, inclina do hacia adelante, de forma que su cabeza no sobresaliese sobre el dorado y espeso mar de espigas.

A unos cien metros del camino, Jim se detuvo junto a un añoso olivo. Recuperó el aliento y se irguió lentamente, protegido tras el tronco.

Desde allí divisó el Volkspport. El automóvil deportivo estaba detenido en el camino, a prudencial distancia del coche siniestrado.

Tres hombres corrían hacia allá, saltando por encima de los terrones. Aunque la distancia era considerable, Jim tenía buena vista No le costó mucho esfuerzo reconocer a los tres individuos que iban a reunirse con Rocco, inmóvil sobre su moto a diez metros del

automóvil incendiado.

Eran Ben Hadagphi, el vasco-francés y Zoltan Zweig, el húngaro moreno de los andares felinos que le recogiera cierta noche en Trafalgar Square.

Zoltan llevaba algún objeto en la mano derecha. ¡Un extinto!

En dos minutos, el fuego del Fiat-800 estaba extinguido. Pero tanto daba: aquel vehículo jamás volvería a rodar. Sus planchas manchadas de negro estaban monstruosamente retorcidas, los neumáticos achicharrados y el motor destrozado.

Rocco había bajado de su Honda y examinaba el interior. Dio un grito de rabia, se volvió y señaló hacia los linderos del trigal.

¡Diablo de napolitano! Su intuición le llevaba a suponer que el fugitivo se había refugiado en el campo de trigo.

Los cuatro hombres se volvieron al unísono hacia el extenso trigal y cambiaron unas excitadas palabras que Jim no pudo entender.

En seguida, Rocco saltó a su máquina y se oyó el petardeo horrisono del escape. ¿Qué era lo que se proponía?

Kelly lo supo unos minutos después. El salvaje napolitano conducía su moto hacia el campo de trigo y hendía locamente el trigal, tratando de descubrir el escondite del fugitivo.

Kelly le vio cruzar a unos cincuenta metros de distancia. El zumbido se extinguió, pero volvió a resurgir en seguida, más potente aún. Ahora, la motocicleta seguía un camino distinto, en dirección oblicua.

En continuas pasadas, la potente Honda iba abriendo amplios caminos en el espeso sembrado. Suponiendo que, en su próximo viaje, Rocco pasaría muy cerca de él, Kelly se lanzó al suelo, reptó hasta el próximo olivo y se alejó a saltos.

Había calculado perfectamente, pues en la siguiente pasada Rocco y su moto pasaron apenas a un metro de distancia del olivo tras el que el fugitivo se había guarecido en primer lugar.

Luego, súbitamente, se oyó un potente estallido y Rocco y su máquina cayeron dando volteretas.

«¡Se le ha debido reventar la rueda delantera!», murmuró Kelly con

fruición.

Vio a Rocco a lo lejos, saltando a la pata coja y profiriendo toda suerte de maldiciones en el expresivo léxico napolitano.

Y vio también algo que le encogió el estómago: el rifle de precisión que Erramendi llevaba en la mano.

Kelly se irguió un poco sobre el tronco del olivo y miró desesperadamente a su alrededor. Necesitaba escapar. En seguida. Si se ponía a tiro, Erramendi le abatiría fácilmente a tiros con aquel magnífico rifle dotado de mira telescópica.

Una mancha verde se extendía por encima de las espigas hacia el extremo más distante del trigal, precisamente al otro lado del camino y en el punto más distante a aquel en que los cuatro terroristas estaban parlamentando entre sí.

Se echó a tierra y no le importó que las cañas del trigo le arañaran la frente y las mejillas. ¡Ahora o nunca! La mancha verde que había visto en la lejanía parecía un maizal.

Quizá tuviera suerte y finalmente lograra dejar atrás a los peligrosos sabuesos.

De vez en cuando, Jim se detenía prudentemente y aguzaba el oído. Fue una de estas paradas cuando oyó gritar a Rocco:

— *Madonna*, ¡cómo no lo hemos descubierto antes! Lo más fácil para hacer salir de ahí al *porco* americano es ... ¡dar fuego al trigal! Pero ¿qué esperáis? ¡Vamos, que cada uno prenda fuego a un costado. ¡Ojalá logremos achicharrar vivo a ese maldito *traditore*!

Gruesos goterones de sudor brotaron de los cabellos de Kelly y bajaron a torrentes por sus párpados y sus sienes.

En aquel momento, Jim escuchó el sonoro crepitar del fuego. Alzó un poco el cuerpo y vio las voraces llamaradas y la nube de humo que se elevaba rauda hacia las alturas.

«Date prisa, Jim Kelly —se animó a sí mismo, después de tragar saliva con gran dificultad—. ¡Date prisa en escapar o te achicharrarán como a una liebre encamada!»

CAPITULO X

El humo y el insoportable ardor habían quedado muy atrás, pero a Kelly le picaba todo el cuerpo después de haber atravesado hectáreas y hectáreas de verde maizal.

Seguía conservando en su mano la gran bolsa de plástico de los almacenes de Elvas.

Ciertamente, la ropa que guardaba dentro no le interesaba mucho, pero le había sido de gran utilidad cuando penetró en el maizal. Había empapado aquellas ropas en el charco de una acequia y refrescado sus chamuscados cabellos y su ardoroso rostro.

«¡Quién sabe! —pensó—. Quizá logren rodearme nuevamente con un cerco de fuego. Y

en ese caso, estas ropas mojadas podrían resultar muy útiles.»

Al fin, el maizal terminaba. Desde el borde, Kelly avizó el paisaje. Vio unas colinas peladas a poco más de dos kilómetros. Y a lo lejos, la línea verde y fresca de una alameda de eucaliptos. Y algo mil veces más importante: ¡la acequia vacía que se alejaba precisamente hacia el distante verdor.

Tomó aliento y saltó hacia la acequia en una irrefrenable carrera de gazapo. Al fin, saltó de bruces y se aplastó contra el verde y maloliente légamo del fondo. Una bandada de ranas que buscaba frescos cobijos en los yerbajos próximos, saltó asustada fuera de la acequia.

«¡Adelante, adelante!»

Ese sanguinario Ben Hadagphi te segará la garganta con su gumía, si te alcanza.

Probablemente, no te rajará el cuello de parte a parte, porque eso acabaría rápidamente con tu vida. No, no lo hará así. Es posible que te dé unos tajos poco profundos, de modo que tu agonía se prolongue varias horas... Algunos árabes suelen cortar los testículos a sus víctimas. ¡Recuérdalo, Kelly!

Dio una corta carrera sobre el fondo de la acequia en forma de uve. Y siguió adelante, incansable. Aunque los pulmones le abrasaban y su garganta le escocía como si se hubiera tragado una bola de papel de lija.

Cuando no podía más, se dejaba caer y relajaba sus músculos. Pero

aguzaba el oído, ansioso por percibir el menor rumor anormal. En alguna ocasión llegó a escuchar el zumbido de un escape. ¿El Volkspoint de los hombres que se disponían a darle caza por encima de todo? Probablemente.

«El camino de la acequia es seguro. Si ellos no la descubren, me permitirá avanzar unos cuantos kilómetros hacia el suroeste. Pero si la encuentran, hallarán mi rastro sobre los tramos legamosos y me aplastarán como a un sapo», caviló.

No era el momento adecuado para sentir temor, para dudar.

Nuevamente siguió adelante. Cuando sus fuerzas comenzaban a flaquear decididamente, descansó por espacio de un cuarto de hora.

Luego se irguió y avizó a su alrededor. La lejana línea de los eucaliptos estaba ya a poco más de cien metros.

En aquel momento, un sonido nuevo llegó a sus oídos. ¡Agua!

Avanzó treinta metros y se detuvo ante las compuertas de una acequia principal.

Arriba, el agua corría rumorosa.

Desconfiado, aguardó un instante. Luego se irguió, escaló el hormigón y hundió ansiosamente su rostro en el agua fresca y cristalina que corría por el seno de la acequia.

Bebió pausadamente, sin atolondrarse.

El sol había declinado mucho hacia el poniente. Consultó su reloj y comprobó, asombrado, que eran las ocho y media de la tarde. Llevaba cinco horas huyendo.

Saltó por encima de la acequia principal y caminó encorvado al borde de un espeso cañaveral.

Un lagarto huyó presuroso de entre sus pies, dándole un susto más que regular.

Respiró con fuerza y siguió adelante.

Para alcanzar la arboleda, necesitaba atravesar unos cien metros de terreno absolutamente descubierta. Se trataba de un ribazo labrado, dispuesto para sembrar hortalizas probablemente. A la izquierda, se veía un vivero de árboles frutales protegido con una alambrada. Un

camino, de la anchura de un automóvil, se perdía entre las frondas. A la derecha, el camino iba a perderse en la polvorienta ladera de un cerro.

Instintivamente, Kelly eligió la alameda. De alguna forma intuía que al otro lado encontraría un río próximo. Además, los troncos de los árboles suponían un cobijo suficientemente deseable.

Con la gran bolsa bajo el brazo, refrescado y todavía chorreando, respiró hondo y se lanzó en una carrera veloz hacia la floresta.

Ya se había recorrido más de la mitad de la distancia, cuando dejó escapar un alarido al notar aquel picotazo por encima del codo izquierdo.

Décimas de segundo después, escuchó el restallido lejano de una detonación.

Un balazo le había perforado el brazo sin romperle el hueso y la sangre, caliente, teñía de rojo la húmeda manga de su camisa. No se detuvo a comprobar la gravedad de la herida, sino que siguió galopando sobre los caballones del sembrado.

Resonaron otros dos disparos.

Un escozor insufrible traspasó su cintura. Maquinalmente, Kelly bajó la mano derecha, palpó su cintura y alzó la mano empapada en sangre.

La debilidad le obligó a tropezar. Cayó bruscamente y dio varias dolorosas vueltas sobre sí mismo.

Aquel accidente le salvó la vida con toda probabilidad, pues apenas acababa de chocar contra el duro tronco de un eucalipto cuando tres balazos se hundieron secamente en la madera, un metro por encima de él.

Como pudo y a la desesperada, Kelly reptó sobre sí mismo hacia adelante y alcanzó la protección del grueso tronco.

Desde allí, avizó a ras de tierra.

¿Dónde estaban Ben Hadagphi y sus esbirros?

En la cima de un cerro pelado situado a unos tres kilómetros se veía una manchita azul. ¡El Volkspart!

Ahora comprendía Kelly toda la redomada estrategia de sus enemigos: en lugar de correr locamente a campo traviesa a bordo del Volkspolizei, habían preferido prudentemente alcanzar aquella posición privilegiada —desde la que se divisaba una gran extensión de terreno— y aguardar tranquilamente a que el «gazapo» se pusiera a tiro.

«Me temo que ésta sea mi última carrera», murmuró Jim, observando las abundantes hemorragias de sus heridas de la cintura y el brazo.

Zoltan Zweig debía haberle visto a través de la mira telescópica. O quizá, incluso dispusieran de prismáticos de campaña. En cualquier caso, el clan de los terroristas no habían dejado escapar su presa.

Ahora, que habían conseguido inmovilizarle, nada les impediría descender tranquilamente de las alturas y rematarle.

¿Rematarle?

Kelly se puso en pie impulsivamente y retrocedió al amparo del grueso tronco del eucalipto.

Era muy posible que se desangrara antes de alcanzar algún lugar donde pudieran auxiliarle, pero de ninguna forma pensaba esperar pasivamente a los asesinos de Ben Hadagphi.

Se tambaleó, pero siguió adelante.

La frescura del bosque le devolvió un mínimo de vigor. Pero su brazo izquierdo colgaba inerte del hombro y gruesos goterones de sangre iban marcando un rastro rojizo en pos de sus pasos.

De repente, se detuvo y olfateó. Le llegaba un aroma inconfundible: olor a juncia, a algas, ovas, peces...

¡El río estaba próximo!

El sol se había puesto ya y la umbría del bosque no le permitía ver claramente ante sí, pero a cada insegura zancada que daba, Jim estaba más seguro de que caminaba en buena dirección para acercarse a la corriente de agua próxima.

¿Qué río sería aquél, tal vez... el Guadiana?

Al fin, sus pulmones se dilataron al distinguir el brillo tenue del río a través de los troncos de los eucaliptos. Dio unos últimos pasos, torpes y vacilantes, y cayó al borde de los juncos.

—¡Al fin...! —murmuró, agotado.

Jadeó. Cada vez se sentía más débil. Pero no tanto como para no oír el petardeo sincopado de un automóvil.

«¡Ellos!», murmuró, como una fiera acorralada. Y se irguió impetuosamente sobre su único brazo sano.

Los buitres no iban a abandonar su presa fácilmente. Si no quería morir, era imprescindible arrojarle al río.

Era un buen nadador, pero el río era demasiado ancho y él sólo podía nadar con un brazo. ¡Y se iba sintiendo tan débil, después de perder tanta sangre...!

La bolsa de plástico. Esa podía ser su tabla de salvación. Bastaría llenarla de aire, atarla con fuerza y utilizarla como flotador.

Lo hizo en pocos minutos. Pero antes se quitó toda la ropa y se quedó solamente con el slip.

Inmediatamente bajó a la herbosa orilla, lanzó la bolsa ante sí y se zambulló.

Ocurrió algo terrible: bajo el agua, su pie derecho quedó enganchado en la resistente raíz de un atarfe.

A punto de perder la respiración, Jim inclinó el tronco hacia adelante en un intento desesperado de liberarse.

Lo consiguió cuando sus pulmones estaban a punto de estallar y dolorosas punzadas en las sienes anunciaban la embolia.

Aunque atontado, Jim percibió entonces que el tubo metálico alojado en su recto salía expulsado fuera y se deslizaba a través de la pernera de su slip.

Pero ¿qué importaba en aquel momento el maldito tubo? ¡Al diablo con él!

Emergió boqueando y dio unos desordenados tortazos sobre la superficie del río.

¡La bolsa! ¿Dónde estaba la bolsa? Sin el improvisado flotador, Kelly estaba seguro de morir ahogado.

Hizo un esfuerzo por dominarse. Se tendió de espaldas e hizo la

«plancha». Flotó río abajo, siguiendo una línea oblicua que le separaba de la orilla portuguesa.

Estaba oscureciendo, pero se volvió y vio flotar la bolsa a unos quince metros de distancia, río abajo. Braceó torpemente. A cada brazada, el brazo izquierdo se le iba paralizando torpemente.

Finalmente, apresó la bolsa flotante y la aferró como si la vida le fuera en ello. Y era rigurosamente cierto.

Se abandonó a la lenta corriente del río, sin fuerzas para impulsarse hacia la orilla opuesta.

Sentía un adormecimiento dulce y placentero.

«Si la muerte es así, no resulta tan dolorosa al fin y al cabo», pensó.

Probablemente, sus heridas (a medio coagular) habían vuelto a abrirse con el agua y sangraban profusamente.

De repente, sintió un arañazo en el rostro. Abrió pesadamente los párpados y distinguió la forma borrosa de la orilla. ¡Había llegado!

Torpemente, se puso en pie sobre los cantos rodados, se aferró a los atarfes de la orilla y arrojó la bolsa de plástico a tierra firme. Un momento después salía del agua y dejábase caer pesadamente sobre los tibios guijarros.

Deseaba descansar con toda su alma, pero no se abandonó a la fatiga. Abrió la bolsa sacó su camisa y la desgarró en anchas tiras.

Sus heridas sangraban aún. Se vendó el brazo como pudo y luego rodeó con las restantes tiras su cintura.

La luna, enorme y rojiza, apareció en ese momento por encima de la línea densa y negra del horizonte. Kelly advirtió que se encontraba al borde de una zona llena de blancos guijarros, que su silueta resultarla claramente destacable dentro de unos minutos a la luz de la luna.

A la derecha, a unos treinta metros de distancia, se veía una mancha oscura y voluminosa que debía corresponder a un grupo de atarfes. Decidió ir hacia allá y esconderse.

Le costó un sufrimiento indecible atravesar aquellos treinta metros. Pero profundizar un poco entre los arbustos, fue infinitamente peor. En la oscuridad, no distinguió las zarzas que poblaban el macizo y las

agudas espinas desgarraron sus brazos y su pecho.

Encontró un pequeño claro y se dejó caer. Apoyó la cabeza sobre la bolsa de la ropa y se abandonó a lo que pudiera acontecer.

Lo más probable era que muriera lentamente bajo la luz de la luna. Pero...

CAPITULO XI

La dulce voz femenina volvió a resonar profundamente en su ser subconsciente.

—¡Míralo, Pobrecito! ¡Y está herido!

Los párpados se movieron un poco. Pero la sangre de un arañazo en la frente había resbalado hasta los ojos y había sellado firmemente los párpados entre sí.

—¡Ve, Sole! ¡Tráete la botella del agua!

Los párpados de Kelly vibraron de nuevo.

«Alguien acaba de expresarse en español», pensó, aunque todavía estaba en la barrera que separa la consciencia de la inconsciencia. Pero este pensamiento le despertó.

Se irguió bruscamente, pero una mano suave le detuvo por el pecho.

—No te muevas, hombre. Tienes sangre en los ojos y no puedes ver. Pero ahora te lavaré los párpados con agua fresca y podrás abrir los ojos —pronunció una voz femenina que tenía un deje muy agradable y musical.

Se oyeron unos pasos sobre los crujientes guijarros.

«Estoy en España», pensó Jim Kelly. Y esta certidumbre le alegró inexplicablemente, aunque no tenía motivos para ello.

España. La tierra de su madre, de aquella bendita mujer llamada Dolores.

—Aquí está la botella, María —dijo una voz infantil.

En seguida, Kelly notó el agua fresca sobre los párpados. Una mano suave pasaba un pañuelo empapado por sus ojos, por su frente y rostro.

Entreabrió los párpados y volvió a cerrarlos inmediatamente. El sol, muy alto, le deslumbraba. Al cabo, sin embargo, pudo ver casi normalmente.

Vio a una muchacha sencilla y... preciosa. Tenía un fresco traje estampado y los negros cabellos recogidos en una graciosa cola de caballo. Tenía unos ojos negros rasgados, expresivos, profundos, una nariz perfecta, unos dientes fuertes y blancos que asomaban a través de los jugosos labios, unas orejas pequeñas, una barbilla redondita y una tez deliciosamente bronceada. Detrás de la joven, aparecían tres cabezas infantiles. Una niña de unos ocho años y dos niños de poco más, le miraban con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Quién eres tú... quiénes sois? —balbuceó el americano.

—Yo soy María. María Galindo —dijo la muchacha—. Mi padre tiene una finquita por aquí, un poco más allá del Espíritu de Jesús.

—¿Espíritu de... Jesús?

—Un caserío, una aldea próxima a Badajoz. Está a unos dos kilómetros de aquí. Ah, y éstos son mis hermanos: la pequeña, Solé.

Y mis hermanos, José el mayor. Y Fernando.

De repente, Jim notó que estaba semidesnudo. Y sintió vergüenza por la presencia de María y sus pequeños hermanos. Se incorporó para tomar sus ropas de la bolsa, pero la herida de su cintura se abrió y comenzó a sangrar abundantemente. María mudó de color.

—¿Te han... te han herido? —susurró la muchacha, entreabiertos de ansiedad los rojos labios.

—No... tiene importancia. Dime una cosa, María. ¿Qué hacíais vosotros aquí?

—Hay muchas moras por estos contornos. A mí me gustan. Y también a mis hermanos.

Venimos a cogerlas, ¿sabes? Hay muchas. Pero pronto no podré venir. Tengo que ir a coger peras a la finca «La Aventajada». Es de unos alemanes y no pagan mal. En estos tiempos, todo el dinero es poco. Mi padre acaba de comprar un tractorcito a plazos, pero lo que da nuestra finca no es mucho. Hay que ayudar —declaró María con admirable sentido de la responsabilidad.

—¿Cuántos años tienes, María? —preguntó el herido, fascinado por la belleza y serenidad de facciones de la joven campesina.

—Diecinueve, metida en veinte. Pero tú... Bueno, usted...

—Sigue hablándome de ti, María. *I think...* Es decir, creo que necesito ayuda, María.

¿Tienes algún amigo que pudiera ayudarme?

—El viejo Zanabria andaba por ahí trajinando. Lleva una finca en arriendo con sus hijos.

Es amigo nuestro. ¿Quieres que le avise?

—Sí, por favor. Os pagaré bien —respondió el norteamericano.

María Galindo se irguió repentinamente, como si Kelly la hubiera abofeteado.

—Somos gente humilde, señor —pronunció con énfasis la palabra señor—, pero no necesitamos que nos paguen un favor. Iré a por el viejo Andrés Zanabria. Tú, José, dale la botella del agua a este señor. Y tú, Sole tráele el cesto de las moras. Tú, Nando, espanta las moscas para que no molesten a este señor. Vuelvo en seguida.

—Por favor, María, no te molestes —suplicó Kelly con toda la humildad del mundo—.

No quise ofenderte. Te lo ruego, no vuelvas a llamarme *señor* ni a hablarme de usted. Yo me llamo James. Es decir... Jaime. Si, eso es: Jaime.

Una sonrisa hizo resplandecer el guapo rostro de María.

—Descuide. Voy en seguidita y vuelvo aquí deseguida.

Se marchó. Deseguida se convirtió en algo más de media hora.

María regresó a través del guijarral acompañada de un viejo de unos ochenta años, de espalda arqueada y oscuras ropas descoloridas por el sol, que empujaba una carretilla chirriante.

Andrés Zanabria tenía una barba de dos semanas, una nariz en forma de pico de águila y unos ojos perspicaces y socarrones.

Cuando vio a Jim Kelly, que descansaba con la cabeza a la sombra y

los ojos entornados, Zanabria quedó de una pieza.

—¡Andá! —exclamó, asombrado—. ¿Qué le pasa a ése? ¿Lo han endrogado o es que l'han dao la anastasia? (Anestesia).

Sus sabios ojos recorrieron lentamente el cuerpo atlético y esbelto del desconocido. Las piernas chamuscadas y arañadas, los muslos cubiertos de verdugones, el sucinto slip, el vendaje empapado de sangre, el pecho herido, el rostro lleno de ampollas de quemaduras, los negros cabellos chamuscados...

—No se entretenga, tío Andrés. ¿No lo ve? —imploró María, desesperada—. ¡Está sangrando por la cintura!

—¡Ya, ya, ya! —dijo Zanabria, cachazudo—. ¿No será un contrabandista? Los civiles andan un poco mosqueaos estos días...

—¡Ca! ¿Dónde está el contrabando? —porfió María con ardor. Y mostró expresivamente la bolsa de plástico que contenía las ropas de Kelly.

Zanabria se rascó los grises cabellos por debajo del raído sombrero de paja.

—¡Güeno, güeno! Vamos a ponerlo en la garrucha. A ver qué podemos hacer por él.

Le tomaron por brazos y piernas y le depositaron sobre la carretilla. El tío Andrés puso la bolsa bajo la cabeza de Jim y le colocó su propio sombrero de paja sobre la cara para que el sol no le hiriese.

Luego el viejo, María y los niños se alejaron a través del pedregal. El viejo Zanabria movía la cabeza y gruñía algo entre dientes. Pero resultó ser —en opinión de Jim Kelly— un tipo magnífico, leal y abnegado.

* * *

Llegó un muchacho de cabellos pajizos y abultados bíceps que vestía pantalones tejanos y un ceñido niki amarillo a rayas.

—¿Qué te parece, Pepe? —preguntó Zanabria. Y le ofreció la botella de vino fresco recién sacado del pozo.

Pepe tiró al suelo el cigarrillo rubio, respiró con fuerza y apagó la colilla con la puntera de la sandalia. Luego bebió un pequeño trago y

devolvió la botella al cubo lleno de agua fresca.

El herido abrió lentamente los violáceos párpados. Parecía febril. Su rostro, sin embargo, estaba muy pálido.

Pepe se inclinó.

—Es un amigo de confianza —dijo al tío Andrés.

Pepe apresó el pulso del norteamericano.

—Tiene un fiebrazo de ordago. Habría que avisar al médico —dijo preocupado.

Kelly se irguió fieramente en su camastro.

—¡No, al médico no! ¡No quiero que venga nadie!

—Pero esas heridas... Habría que curarlas, inyectarle antibióticos para prevenir la infección —opinó el recién llegado.

—¡Sí, la cura! ¡Sí, las inyecciones! ¿Usted podría hacerlo? ¡Le pagaré bien! —exclamó el norteamericano, obsesionado.

—Hombre, curar una herida sé hacerlo más o menos. Y también sé poner inyecciones: aprendí durante el servicio militar. Pero es mucha responsabilidad. Usted parece muy mal, Jaime. ¿Es ése su nombre?

—¡Sí! Y, se lo ruego, traiga desinfectantes y compre los antibióticos y un equipo de inyecciones. Espere, le daré dinero, le pagaré bien...

—¡Y dale! —se cabreó Pepe—. ¿Es que el dinero es su única tarjeta de visita? Descanse.

Veré lo que puedo hacer. Pero imagino que vamos a meternos todos en un lío.

Se marchó en seguida, un poco ofendido. Afuera se escuchó el zumbido de un escape, que se alejó raudamente.

En media hora, Pepe estaba de vuelta. Traía agua oxigenada, apósitos, mercromina, un equipo de inyecciones, varios envases de antibióticos.

María y sus hermanos acababan de marcharse, pues sus padres se preocuparían si no

volvían a su finquita a la hora acordada. Jim siguió a la muchacha con

la vista y se sintió demasiado solo cuando los Galindo desaparecieron.

Zanabria y Pepe estaban echando un trago. La mirada de Kelly se cruzó con la del hombre de los cabellos pajizos y los abultados bíceps. Pepe se acercó, sonrió y le puso el gollote de la botella en los labios y le permitió beber un trago. Jim inclinó la cabeza, agradecido.

—En su estado, no creo que un poco de vino le haga daño. He consultado a un farmacéutico amigo mío y me ha preparado todo lo necesario. Ahora aguántese: voy a curarle las heridas. Se lo advierto, amigo: no soy demasiado delicado, ni demasiado experto.

Abrió las heridas y las profundizó y limpió cuidadosamente. Desinfectó, puso apósitos y vendó muy bien. Luego pidió a Kelly que se pusiera boca abajo y le puso la inyección de antibiótico en el glúteo.

—Déle bien de comer, Andrés —recomendó Pepe—. Comida sana, de alimento. Carne, queso, frutas, mucha leche. Volveré a la tarde y le pondré otra inyección.

Se marchó. Kelly se quedó mirando a la puerta, buscó la mirada del tío Andrés y preguntó:

—¿Quién es? ¿Puedo fiarme de él?

—Yo sí me fío —rezongó Zanabria—. ¿Qué quién es? Ya se lo dije: un amigo. No vive aquí, sino en Madrid. Pero en verano viene a ayudarle a su suegro, Luis Mercader, el dueño del mesón qu'está al pie de la Cañá. —Se rascó furiosamente la plateada pelambrera y añadió—: Buen chico. Es novelista. Escribe cosas de cencia-fricción y toó eso.

—Ya —murmuró Kelly, pensativo. Y diez minutos después estaba dormido.

Pepe volvió al atardecer. Trajo un par de botellas de cerveza muy fría, le puso la inyección y luego él, Zanabria y Kelly bebieron la cerveza en silencio.

—Lo siento, Pepe —murmuró el americano—. Creo que me porté groseramente con usted.

—No delire, por favor. Bébase la cerveza: se calienta en seguida —bromeó el de los bíceps. Pero sonrió, sacó un paquete de cigarrillos rubios y puso uno entre los labios del americano. Y luego se marchó.

Kelly seguía pensando en María.

Y también en Ben Hadagphi y sus sicarios.

«Tal vez me pierdan la pista y den el asunto por solucionado. Quizá se hayan cansado de perseguirme y decidan volver a Londres», pensó, esperanzado.

Pero se equivocaba.

Como perros rabiosos, el árabe y sus esbirros recorrían la ciudad de Badajoz de arriba abajo, buscándole.

CAPITULO XII

Poco a poco, fue tomando confianza.

Sus heridas habían sanado por completo. Los cuidados de Pepe León y, sobre todo, la compañía constante y afectiva del tío Andrés, le habían vuelto la salud y la serenidad.

El viejo Zanabria se había llevado su ropa a Badajoz y se la había devuelto pulcramente limpia y planchada.

El viejo tenía tres hijos ya mayores que trabajaban duramente la tierra en aquella propiedad cercana al río. Pero eran hombres poco habladores y no solían hacer preguntas. Se limitaban a trabajar. Al atardecer, regresaban a Badajoz, donde pernoctaban.

Una mañana, Kelly se llevó un susto más que regular. A través de la cortina que el tío Andrés había puesto en la puerta de su humilde habitación para evitar que entrasen las moscas, vio aquella mañana las siluetas inconfundibles de dos guardias civiles. En seguida saltó de la cama y espió, nervioso y tenso, a través de las ringle ras de la cortina.

La pareja de la guardia civil hablaba con el tío Andrés, pero Jim no podía escuchar una palabra de lo que decían. Sin embargo, para él era evidente que los civiles le buscaban.

Uno de ellos sacaba algo de su cartera que mostraba a Zanabria. Al cabo, éste tomó un bolígrafo y firmó sobre un papel.

Kelly suspiró cuando la guardia civil se marchó. Regresó rápidamente al camastro y aguardó a Andrés.

—¿Qué buscaban? —murmuró con ansiedad en cuanto el viejo entró.

—¡Na! ¿Qué iban a buscar? Es la pareja de correrías. Visitan todos los cortijos, por si necesitamos su ayuda o tenemos que hacer alguna denuncia. Luego hay que firmar: así en la comandancia saben que han cumplido con su servicio —respondió el tío Andrés con la mayor naturalidad.

Kelly respiró. Por otra parte, comenzaba a tener una confianza absoluta en aquel viejo que jamás hacía preguntas, pero estaba siempre atento a la menor de sus necesidades.

En definitiva, el tío Andrés sólo tenía un defecto: cuando se achispaba se ponía a charlar de asuntos políticos con una visión muy arcaica y personal y prácticamente no había quien le hiciera callar. Otras veces le contaba pintorescos chascarrillos, costumbristas en ocasiones, subidos de tono otras. A Kelly le gustaba mucho escucharle en estas ocasiones. El tío Andrés había vivido lo suyo. Socarrón, pero sabio a su manera, rápidamente se ganó el afecto del americano.

Un día, Kelly decidió salir al aire libre. Acompañó al tío Andrés por los vericuetos de la feraz huerta de Villa Feliciano y al borde de la cañada de Sancha Bravía contempló el panorama incomparable del río Guadiana, anchuroso y festoneado por las verdes masas arbóreas de los eucaliptos. El Guadiana, generoso, brindaba sus aguas para el riego de las plantaciones de perales, melocotoneros, maizales, tomates y toda clase de ricas frutas y hortalizas, en un marco de verdor que llegaba a meterse por los ojos.

A Kelly le gustaba ayudar al tío Andrés en sus trabajos de hortelano. Las labores del campo no le resultaban extrañas, pues Kelly también estaba familiarizado con el agro desde su adolescencia, ya que había tenido que financiarse sus estudios recogiendo frutas en el Valle de San Fernando, de California.

Día a día, sus experiencias fueron enriqueciéndose con el conocimiento de otras personas. En el caserón de la huerta de Villa Feliciano vivía también el joven matrimonio formado por Luis Harrojo y Marisol Juárez, que acababa de tener una niña preciosa.

Al otro lado de la cañada, estaba Andrés Piernadehierro, granjero, altísimo, calvo y temperamental, muy amistoso y leal.

Cuando preguntaban al tío Andrés sobre Jim Kelly, el viejo se limitaba a responder:

—Es un pariente. Se llama Jaime.

Al atardecer, Marisol y Luis venían a visitarles y todos se sentaban a tomar el fresco bajo las parras y a tomar cerveza fresca 'o sangría de frutas. Se hablaba de lo divino y de lo humano, pero las conversaciones versaban principalmente sobre temas relacionados con la tierra, los frutales y el ganado de las granjas. Se quejaban del ínfimo precio de la fruta, de la central lechera y de lo difícil que era «ganar una perra» en el campo.

Pero una tarde, se encontraron con que no tenían una gota de vino ni de cerveza.

—¿Qué, Jaime, vienes conmigo hasta el Mesón Mercader? —le preguntó el viejo.

Kelly dudó, pero finalmente accedió.

Al atardecer, subieron lentamente por la cañada y llegaron al Mesón, situado en las proximidades de la carretera Badajoz-Villanueva. Era un local típico, aunque de reducidas dimensiones, con techos de vigas de madera y succulentos lomos, chorizos y jamones colgados por doquier. Algunas parejas tomaban sus consumiciones en la terraza, pero había bastantes hombres en la barra. La mayoría era gente relacionada con el campo.

Allí estaba, por ejemplo, Teo Hardila, que poseía un cebadero de cerdos, Javier Arqueros, el fibroso granjero y agricultor, muy aficionado a jugarse una y mil rondas al juego de los chinos. Estaban también Quico el Arquitecto —cariñoso apodo de sus amigos, pues Quico sólo era albañil. En un rincón estaba el doctor Ciudad charlando con el encargado de su finca. Santi jugaba a los chinos con Piernadehierro y más allá estaban Arturo Masía, encargado de un supermercado, y Paquita su esposa, hablando animadamente con José Luis Barbi, un famoso ex jugador de baloncesto. En una mesa separada estaba el viejo Urtain (llamado así por su cuerpo enteco y austero) riñendo cariñosamente a sus múltiples sobrinos. Con Javier Arqueros, estaban Pablo Sancho-Ibáñez, un famoso árbitro internacional, y los tractoristas Tente y Aquilino.

Era un ambiente sencillo, provinciano quizá, en el que se desenvolvían amistosamente técnicos y braceros, propietarios y obreros. Se notaba la cordialidad reinante. Allí todos, en mayor o menor medida, eran amigos.

Detrás de la barra estaba Pepe, que le hizo una señal amistosa elevando un brazo por encima de las cabezas de sus parroquianos.

Junto a él, su suegro, Luis Mercader, de estatura mediana, con gafas y un bigote canoso. Este Luis Mercader era famoso en toda la comarca por la calidad de sus vinos, de sus jamones y... también por las regañinas que daba a los jóvenes que se mostraban excesivamente acaramelados dentro de su negocio.

Mientras Kelly veía todo esto, el tío Andrés vociferaba:

—¡Eh, Pepe, pon algo fresco por aquí!

Les sirvieron dos excelentes vinos fríos y unos taquitos de jamón serrano que tenía un sabor delicioso.

Poco a poco, distintos amigos fueron arrimándose por la mesa que ocupaban el americano y el tío Andrés Zanabria. Más o menos, todos estaban enterados de que el

viejo tenía viviendo con él a un pariente. A Kelly le saludaban con sencillez y estrechaban su mano rotundamente. Le traían platitos de queso, de ensaladilla, de aceitunas. Y una copa y otra, y otra...

Hacia las once de la noche, Jim se sentía flotar deliciosamente en el ambiente. Todos eran amables, considerados, francos, admirables. Poco antes de que Luis Mercader anunciase que iban a cerrar con un estentóreo «¿Nos vamos), Kelly pidió una ronda para todos y ese detalle acabó ganándole las simpatías de los clientes del Mesón Mercader.

Pero cuando fue a pagar, sacó un fajo de dólares y todos prorrumpieron en una exclamación de estupor.

—¡Eh, tío Andrés! —gritó Javier Arqueros a voz en gritos—. ¿Es que tu pariente tiene negocios en América?

Kelly se inmutó. Evidentemente, acababa de cometer una torpeza. Pero inmediatamente pensó que podía sentirse tranquilo entre aquella gente sencilla.

Por su parte tío Andrés le zarandeó por un brazo y le obligó a guardar su fajo de billetes.

—Guarda eso. Yo pagaré.

Se fueron poco después, canturreando cañada abajo, gloriosamente borrachos, con el estómago lleno de jamón y de caldos añejos y generosos. Pero volvieron al día siguiente, y al otro, y al otro.

Jim Kelly había descubierto un mundo nuevo, distinto. Se sentía subyugado.

Poco a poco había ido olvidando sus temores, sus preocupaciones. En realidad, vivía en el mejor de los mundos. Sólo había un *pero*: María Galindo había ido a verle por última vez una semana antes.

—No sabes cuanto lo siento, Jaime —dijo con su voz, tan musical—. Pero no puedo volver por aquí. Mi padre no me deja.

—Pero ¿por qué?

—Son gente sencilla, pero un poquito antigua, ¿sabes? No te conocen, no saben quién eres. Además... conté a mis padres que te encontramos herido al margen del río. Y eso les dio que pensar. Lo siento, Jaime. Lo siento de veras.

Por lo demás, todo era atractivo, diferente, magnífico. Algunas veces, el tío Andrés iba a Badajoz. A cobrar su pensión, a afeitarse o cortarse el pelo, a hacer unas compras. El

«taxista» en esos casos era Pepe León, el escritor de novelas de ciencia-ficción y yerno de Luis Mercader, que diariamente iba a Badajoz a hacer sus compras. En tales ocasiones, Kelly y el tío Andrés subían por la mañanita hasta el mesón, donde tomaban una copa de brandy o anís en compañía de Pepe. Luego los tres subían al Renault-4L de Mercader y partían alegremente hacia la ciudad.

¡Qué bella era Badajoz! Atravesada por el río Guadiana, festoneada de cuidados jardines, engalanada con modernas avenidas que discurrían junto al río, reverdecida con las frescas alamedas, perfectamente comunicados sus barrios a través de los puentes de Palmas, del Puente Nuevo que llevaba a la frontera, del puente de San Roque y del de Pardaleras, dotada de modernos hoteles como el Río Guadiana, el Hotel Velázquez junto al Parque de Castelar, el Simancas. Enjoyado con lugares de esparcimiento como el Paseo de San Francisco, la Plaza de la Soledad, el Campo de San Juan, la Plaza de San Andrés, la Alcazaba, la riqueza de su Museo Arqueológico, las moles inexpugnables de sus murallas...

La gente era sencilla, cordial, extrovertida, alegre. Las calles estaban siempre llenas de gente que iba y venía, compraba, charlaba y discutía.

Una de aquellas mañanas, Kelly pidió a Pepe que le guiase hasta una sucursal bancaria.

Cambió un cheque de viajero por dinero y se volvió loco haciendo compras. Sólo compró para sí un cartón de Camel. Los demás eran regalos para sus nuevos amigos: para Luis y Marisol, para el tío Andrés, para Pepe, para... para todos. A cada uno le entregó un regalo con discreción y todos se mostraron encantados del pariente del tío Andrés Zanabria.

Todo era maravilloso. La gente, la ciudad, el campo, el río.

Pero una tarde, Kelly vio venir por la cañada el Renault-4L que normalmente conducía Pepe. El tío Andrés estaba en la huerta enseñando a Jim a distinguir las cebollas «macho»

de las cebollas «hembra».

Pepe se bajó del coche junto al caserío y vino hacia ellos pausadamente. Hizo una seña a Jim y le llevó aparte con la excusa de fumar un cigarrillo juntos.

Y de repente preguntó mirándole a los ojos:

—¿Tu apellido es Kelly?

Jim vaciló. Pero súbitamente decidió decir la verdad.

—Es cierto. En realidad, me llamo James Kelly. Soy norteamericano.

Pepe carraspeó. Luego dio una chupada a su cigarrillo y arrojó el humo azulado al aire dorado de la tarde.

—Pues bien: hay unos tipos raros que estuvieron buscándote esta mañana.

Sinceramente, no me pareció buena gente. Parecían gángsters.

Jim pidió a Pepe que le describiera a aquellos individuos. Y cuando éste lo hizo, Kelly no tuvo dudas ya: eran Ben Hadagphi y los suyos.

—Eran tipos cautelosos. Entraron en el mesón y comenzaron a hacer preguntas.

Invitaron a todos, se hacían los simpáticos. Pero te buscaban a ti. Alguien, ingenuamente, iba a hacer un comentario cuando logré hacerle callar con un gesto. Dije que no conocíamos a nadie que coincidiera con las señas que ellos nos dieron. Y se marcharon.

Pero estoy seguro de que volverán. Ocurrió algo extraño...

—¿Qué? —exclamó Kelly con ansiedad.

—¿Recuerdas que estuvimos fumando unos cigarrillos esta mañana en el mesón, poco antes de marcharnos a Badajoz? Pues bien, ellos vieron un cenicero lleno de colillas de Camel. Trataron de sonsacarme sutilmente. Les dije que yo fumaba Camel. Pero hay una diferencia: yo lo fumo sin filtro y tú con filtro. Además, tienes un tic, Jim: antes de dejar el cigarrillo en el cenicero, lo sueles romper a la altura del filtro —observó Pepe.

Kelly se mordió los labios.

Los tics, las manías, esos gestos que tanto marcan la personalidad de cada uno. A veces suelen tener desenlaces catastróficos.

—Me miraron de extraña forma, como si pensarán que estaba mintiéndoles. Pero disimularon. Vi que cambiaban entre sí miradas huidizas, muy expresivas. Volverán, Jim.

—Quizá no. Tal vez decidan buscar por otra parte.

—Pero ¿por qué te buscan? —insistió Pepe—, No quiero forzarte, pero imagino que estás en peligro. Y siempre podríamos echarte una mano.

Jim calló. ¿Cómo podrían entender los demás sus íntimos problemas, cómo concebir que sus ansias de revancha le estaban llevando a un callejón sin salida?

—Disculpa. Son cosas mías. ¿Piensas ir mañana a Badajoz?

Pepe asintió con el gesto, sin quitarse el cigarrillo de los labios.

—Sabes que tengo que ir todas las mañanas. La compra diaria.

—Quiero ir contigo. Espérame.

—Está bien —Kelly se marchaba cuando Pepe le detuvo por un brazo—. Espera. Si el viejo te pregunta por el motivo de mi visita, dile que he venido a encargarle una caja de pimientos guindones. No me gustaría preocupar al viejo. ¿Te has dado cuenta de que te ha tomado verdadero afecto?

—Lo sé —respondió Kelly—. Le daré tu encargo. ¡Ah, Pepe, gracias!

CAPITULO XIII

Algunas mañanas se detenían en el bar Cerrucho y tomaban un café y una copa, mientras bromeaban alegremente con Miguel, el barman, o con algunos de los múltiples amigos de Pepe que tenía en Badajoz.

Pero esa mañana no. Kelly quería mantener una conferencia telefónica en un lugar donde nadie pudiera oírle.

De modo que Pepe detuvo el viejo Renaul-4L ante el bar de Manuel — a la entrada de Badajoz, frente al colegio de los Salesianos.

La cabina estaba a un paso. Podían hacerse llamadas nacionales e internacionales.

—Ve a tomar una copa con Manolo y pide otra para mí —pidió Kelly —. Estaré contigo en seguida.

Pepe entró en el bar Manuel y Kelly en la cabina telefónica.

La tarde anterior acababa de recordar que Iam McLarry le había dado un número de teléfono donde se le podía llamar con toda confianza. Lo recordaba nítidamente: era el KEN-2347 de Londres.

Necesitaba un informe. Un informe urgente. Iam McLarry era el único que podía ayudarle.

Tenía los bolsillos llenos de monedas de cinco duros. Gastaría todo el dinero del mundo con tal de entrar en contacto con Iam y saber lo que le atormentaba.

El motivo de su inquietud no era otro que éste: ¿tanto valía el tubito que había perdido en el Guadiana como para que cuatro terroristas internacionales se expusieran buscándole a lo largo de las ventas y mesones de carretera de Badajoz?

Tanto Ben Hadagphi, como Erramendi, Rocco Labroni y Zoltan Zweig suponían la élite de los agentes internacionales del terrorismo. Que estos cuatro individuos llevaran a cabo personalmente la persecución de un tipo sin importancia como Jim Kelly, resultaba sumamente sospechoso. Querían eliminarle a toda costa, era evidente. Pero sobre todo les interesaba aquel tubito.

Introdujo unas monedas, habló con la central, pidió la conferencia internacional.

La obtuvo exactamente a los diez minutos.

Kelly reconoció inmediatamente la voz de Iam, preguntando:

—¿Diga?

—Iam, soy...

—Lo siento. Se ha equivocado. Aquí no vive ningún Iam.

—¡Iam! ¡Soy yo, Jim Kelly! —gritó.

Sucedió una pausa. Jim podía escuchar perfectamente la contenida respiración de McLarry.

—Está bien. Diga algo más: algo que pueda identificarle plenamente como Jim Kelly —

sonó la voz vibrante de Iam.

—John McLarry, Nuevo Presidio, Henry's Pub, Monty Dobson

—Basta. Sé que eres tú. Pero ¿por qué diablos me llamas? Puedes comprometerme gravemente.

—No quiero comprometerte. Sólo quiero saber.

Le explicó todos sus pasos desde la llegada a Lisboa. Le habló acerca de cómo había escapado milagrosamente al acoso de los encarnizados asesinos, de las heridas recibidas, de todo.

—Ya te lo advertí, Jim. No estabas involucrado en un simple juego de niños —le reprochó McLarry.

—Lo sé, lo sé. Tú tenías razón. Pero ahora necesito saber... ¿qué contiene el dichoso tubito? Debe ser algo importantísimo.

Resonó la ruidosa respiración de Iam.

—No lo sabes muy bien. Yo tampoco lo sabía. Pero Ben Hadagphi tuvo la humorada de explicármelo antes de marcharme con los otros a Lisboa.

-¿Y bien...?

—Jim, lo que llevas encima es peor que mil bombas de neutrones juntas —resonó la voz sibilante de McLarry.

—¿Qué...?

—El tubo contiene un cultivo del virus Z-18. Basta verter un poco de ese cultivo en la red de agua potable de ciudades como Madrid o Barcelona para que millones de seres mueran en pocos días después de horribles sufrimientos.

El sudor fluyó a chorros del rostro de Jim Kelly.

—¡Dios mío, pero eso es espeluznante! —gimió.

Se volvió de un brinco, atenazado por el terror. En la puerta del bar Manuel, Pepe y Manolo, el dueño, fumaban cigarrillos rubios y bromeaban, señalando el Ford-Fiesta del propietario del bar.

Esa es la gente. Personas apacibles, amistosas, sencillas, leales. Que no escogen el camino de la venganza como único fin. Personas que viven la vida, rodeados de amigos, seres capaces de dar la cara por los suyos, por las amistades, incluso por un desconocido como yo.

—¿Estás ahí todavía, Jim? —preguntaba Iam.

—Sí —murmuró con un temblor que aflojaba sus rodillas.

—Lo peor no es sólo lo que acabo de decirte, amigo mío. Lo peor es que el destino de la mercancía es España, precisamente. La utilizarán ahí —afirmó McLarry.

Kelly se quedó lívido. El temblor de sus miembros aumentó. Su rostro parecía ir a exudar gotas de sangre de un momento a otro.

Pensar que ellos me han acogido, me han curado, me han tratado como a un amigo. Y

yo... yo les traía la más horrible de las muertes.

—Pero ¿por qué, Iam? ¿Por qué hay personas en el mundo capaces de hacer tales cosas, tales... monstruosidades? —gimió fuera de sí.

—¡Y yo qué sé! Se aprovechan de nosotros, de los tontos idealistas, de los locos revolucionarios, de los que buscan la venganza como tú. Son intereses oscuros, que nadie entiende muy bien. Pero ¿qué importa? constantemente media humanidad atenta contra la vida de la otra media. ¿Recuerdas a Morton Grins?

Morton Grins. El regordete. Una paliza bestial. Dos brazos rotos.

—¿Lo recuerdas, verdad? —Llegaba lejana la voz de Iam McLarry—, Tú imaginabas que Grins se había merecido aquello, ¿no es cierto? Pues la verdad es que Rocco buscó al azar un nombre en la guía telefónica. Y le tocó a Grins. Ni le conocían, pero el bolígrafo de

Rocco se detuvo sobre un nombre, *Grins, Morton*. Para ellos no suponía nada: sólo que tú llevases a cabo aquella prueba. Y ciertamente la superaste.

Kelly lanzó un grito inhumano.

—¿Quieres decir que Grins no había causado el menor daño a la organización, que yo le rompí ambos brazos para superar una prueba? —chilló fuera de sí.

—No grites. Pero sí, tienes razón. Y ahora, voy a cortar. Escucha, es muy probable que confesarte lo que contiene ese tubo me cueste la vida. Pero no me importa: sé que mi sino es morir violentamente. Buena suerte, Jim. Cuídate.

Kelly salió de la cabina tambaleándose. Pero logró rehacerse antes de que Pepe y su amigo Manolo, el del bar, le viesen.

—¿Qué, nos vamos? —preguntó el escritor.

Kelly se apoyó en el mostrador y se tomó su copa de un sorbo. Con un gesto, pidió a Manolo que le sirviera otra. Y se tomó media docena sin respirar.

—¡Calma, calma! —imploraba Pepe, alarmado—. A este paso no llegará; a mediodía.

Kelly comenzaba a sentirse más sereno. Kelly aceptó incluso un Winston de Manolo. Y

su mano no tembló al encender el cigarrillo.

Ahora *sabía* lo que tenía que hacer.

Cogió a Pepe por un brazo.

—Ven, tengo que hacer una llamada telefónica. Quiero que estés presente.

Volvieron a la cabina. Kelly introdujo varias monedas en la ranura y marcó un número que se sabía de memoria, porque:

—...lo llevé durante cuatro años en mi camisa de presidiario —explicó en voz alta al asombrado Pepe León.

Una voz femenina respondió inmediatamente:

—Si, diga.

—Escuche, soy James Kelly.

—Perdone, no le conozco. Esto es una peluquería de señoras —dijo la mujer. Y colgó.

Impertérrito, Kelly volvió a marcar el número. ¿Se habría equivocado al marcar? No estaba acostumbrado a los teléfonos de disco, sino a los de teclado.

—Escuche, soy James Kelly. Necesito concertar una entrevista. Tengo la mercancía —

dijo.

—¿Es usted tonto, hijo? Ya le he dicho que no conozco a nadie que se llame así. Y esto es una peluquería. Enrólese con su...

Kelly parpadeó, desconcertado.

Abandonaron la cabina. Pepe le tomó por un brazo.

—Espera, ¿quieres explicarme todo ese embrollo?

—Vamos al coche. Te lo explicaré por el camino.

Lo contó todo, sin añadir ni quitar una coma. A medida que hablaba, el rostro de Pepe iba mostrando interés, preocupación, indignación y finalmente conmiseración.

—Luego dicen que los escritores somos personas de una fantasía desbordada, pero la verdad es que a menudo la realidad supera con mucho la ficción —suspiró.

Luego frenó el coche bruscamente ante los antiguos mataderos.

—Jim. Tienes que ir a la policía y contárselo todo. Es necesario, imprescindible —dijo, escrutando la expresión de Kelly sin parpadear.

—¿Policía? ¡Ni hablar! No quiero oír nada acerca de la policía.

Pepe le aferró por el brazo izquierdo. Y no le preocupó el gesto de dolor de su amigo.

—Escúchame bien: has estado a punto de cometer un daño irreparable. Si hubieras llegado al final, no podrías pagar siquiera con mil vidas. Tienes que repararlo. Ya lo sé: tú ignorabas lo que contenía ese maldito tubo. De todas formas, tu deber es informar a la policía española.

—¡Me encerrarán! Ahora... cuando acabo de descubrir el paraíso —se encogió Kelly sobre sí mismo—. Además: ese virus no podrá hacer daño a nadie. Ya lo sabes: lo perdí en el río. Quedará sepultado entre los cantos rodados para siempre.

—Pero ¿cómo estar seguro de eso? Imagínate que el tubo es de hierro cromado. Al cabo de unos años comenzaría a oxidarse, quizá parte de su contenido se vertería en el río. Eso quizá no perjudicaría a mi país, pero desataría la muerte en Portugal, lo cual viene a ser algo parecido. ¿No comprendes...?

Kelly fumaba nerviosamente. Parecía desatarse en una verdadera batalla interior.

Luego se volvió hacia su amigo con una expresión nueva.

—Acaba de ocurrírseme una idea mejor. Escucha... —pidió.

CAPITULO XIV

La policía lo había advertido ya.

La presencia de aquellos cuatro individuos en una capital de provincia no podía pasar inadvertida. Se alojaban en el más caro hotel, pero apenas lo pisaban. Se relacionaban constantemente con personajes del hampa, iban de acá para allá, inquilan, escuchaban, repartían generosísimas propinas, se movían sin reposo...

A veces llegaban al hotel de madrugada. Simulaban torpemente una ficticia alegría, pero sus expresiones torvas no habían pasado desapercibidas para los observadores de la policía pacense.

No les resultaba fácil pasar desapercibidos. Aparte del aspecto exótico de Ben Hadagphi y Zoltan Zweig, sobre todo, vestían de forma poco usual, conducían un vehículo muy caro y... apenas sabían una palabra de español.

Desde el hotel donde se alojaban, mantenían frecuentes conferencias telefónicas internacionales. Londres, París, Roma, Bonn. Se expresaban indistintamente en francés, inglés, húngaro, alemán e italiano. Pero sabían muy poco español.

El lenguaje en que mantenían las carísimas conferencias telefónicas de larga distancia era meramente comercial, pero la policía sospechaba que utilizaban un lenguaje cifrado.

A los pocos días, la policía sabía lo que buscaban. Les resultó fácil, en cierto modo: les bastó con interrogar a algunos de los hampones con los que aquellos cuatro individuos se habían relacionado.

Al principio, se resistieron, pero al cabo terminaron confesando la verdad sin mayores presiones. Al fin y al cabo, los delincuentes profesionales poseen la rara virtud de captar cuándo los medios policiales están trabajando en un caso de gran importancia. Y a ningún pequeño delincuente le interesa estar involucrado en asuntos graves.

—Buscan a un americano. ¿Nombre? James Kelly. Es rubio, pero lleva el pelo teñido de negro. Bigote. Atlético, un metro ochenta de estatura. Sabe hablar español correctamente y tiene veintisiete años.

La policía comprobó que los cuatro individuos que ocupaban regias suites en un hotel de cinco estrellas habían gastado una pequeña fortuna en «untar» a los soplones.

Pero no podían detenerlos, ni siquiera interrogarlos extraoficialmente. Porque aquellos cuatro individuos no habían cometido ningún delito en suelo español. Iban y venían, se trasladaban frecuentemente a Mérida, a Almendralejo o a Zafra y recorrían numerosos pueblos próximos a la capital, pero todo ello estaba dentro de la ley.

Fue consultada inmediatamente la Interpol. Pero el resultado fue negativo: la policía internacional no poseía fichas de aquellos individuos.

Pero un día, el inspector Benedicto Meiriñas recibió la visita de un viejo amigo suyo.

Hablaron durante largo rato. Y la policía comenzó a ver las cosas mucho más claras.

Por desgracia, luego los sucesos se precipitaron.

Luis Mercader tenía la costumbre de cerrar su mesón a una hora prudencial, entre las

once y las doce de la noche. Aunque esto enrabetase a veces a sus clientes.

Pero aquella noche... Poco antes del cierre, Andrés Zanabria apareció en la puerta.

—¿No ha estado aquí mi pariente? —preguntó.

Su «pariente». Jim Kelly, al que todos conocían como Jaime.

Había unos diez clientes, casi todos habituales. Luis Mercader y su yerno detrás de la barra. Pepe pareció preocuparse inmediatamente.

—¿Qué quiere decir, Andrés? —preguntó al viejo labriego, después de rodear el mostrador y salir a su encuentro.

—Estábamos cogiendo unos pimientos, cuando llegó un coche azul, que me aplastó una docena de plantas... Pero eso ¿qué tié que ver? Llamaron a Jaime y él se reunió con aquellos tranjeros de mala gana. Se fueron detrás del tinajón y se marcharon. No he vuelto a ver a Jaime —dijo el pobre viejo.

—Bueno, no se preocupe. Habrá ido a tomar unas copas. Váyase para abajo. Ya le buscaremos.

Se fue. Pero parecía más viejo que nunca.

Tente, Javier y Pablo se volvieron a Pepe y preguntaron:

—Pero ¿qué pasa?

—No lo sé. Pero yo voy a echar una ojeada a la aldea del Espíritu de Jesús. ¿Quién quiere acompañarme?

¡Todos! Pero... cada uno en su coche.

A unos dos kilómetros más allá estaba la Venta del Campeador, un negocio muy amplio y bien dotado de servicios y terrazas, que mantenía sus puertas abiertas hasta las dos de la madrugada durante el verano.

Ocho automóviles penetraron en el recinto y estacionaron

adecuadamente bajo los olivos del parking. Luego los hombres bajaron y se dirigieron al bar. Preguntaron al dueño y volvieron en seguida al coche.

Siguieron adelante hasta la aldea del Espíritu de Jesús. En la Venta Waez no encontraron a Jaime. Salían del bar de Antonio el Rebujas, cuando vieron descender de un tractor a un amigo común, que se dirigió a ellos inmediatamente.

—¿No es amigo vuestro ese muchacho, el pariente del tío Andrés? —exclamó—. Pues le están dando una paliza de miedo detrás de la ermita.

Fue una verdadera revolución. Los hombres saltaron a los coches y salieron zumbando a través de la única calle de la aldea.

Encontraron detrás de la ermita un coche deportivo azul. Más allá de la cerca de piedra se oían gritos y jadeos.

Javier Arqueros arrancó de la linde una gruesa estaca y la blandió decidido.

—Vamos allá.

Animado por su ejemplo, Pablo, aquel árbitro elegante con pinta de actor británico, hizo otro tanto. Tente blandía en su membruda mano morena una pesada llave inglesa, el Arquitecto se quitó el ancho cinto, Pepe cogió una linterna, los demás acapararon rústicas armas de los alrededores. Cantos, terrones, palos... cualquier cosa era buena.

—Cuidado —advirtió Pepe sigilosamente—. Son gentes peligrosas, gentuza. Es muy probable que tengan armas de fuego.

Camaron encorvados a través del huerto. A medida que avanzaban, los jadeos y

gemidos aumentaron de tono.

Llegaron junto a la cerca de piedra. La oscuridad nocturna no era muy intensa, pero los recién llegados venían cegados por la luz potente del alumbrado público de la aldea del Espíritu de Jesús.

Súbitamente, Pepe encendió su linterna. El fuerte chorro de luz iluminó la dramática escena: cuatro hombres golpeaban salvajemente a patadas y puñetazos a otro que se apoyaba en el rugoso tronco de un olivo: Jim Kelly.

Vieron su rostro convertido en una máscara de sangre, la camisa deshecha en jirones, los cabellos ensangrentados...

Zoltan Zweig tenía una M-10 Marietta en las manos. Con el cañón de la peligrosa metralleta había estado machacando a Kelly inmisericordemente, pero al sentirse deslumbrado se volvió como una fiera hacia la cerca de piedra.

No llegó a disparar, porque Piernadehierro lanzó un terronazo con todas sus fuerzas que fue a estrellarse contra el rostro de Zoltan.

Allí se armó la marimorena. Sin dudarle un momento, los amigos de Kelly saltaron desde lo alto de la cerca sobre los cuatro asesinos, los derribaron y los apalearon sistemáticamente durante largo rato.

Luego, cuando los cuatro indeseables cayeron al suelo, quebrantados y derrengados, Pepe iluminó con su linterna el cuerpo de Kelly. Gemía débilmente, pero estaba vivo.

--¡Dios! ¡Te han dejado para el arrastre!

Tenía razón. Le habían arrancado varios dientes a culatazos, partido los labios, machacado ambas orejas, hinchado los párpados, quemado el cuello, quebrantado todo el cuerpo... Despojado del pantalón y de la ropa interior, a Kelly le habían torturado quemándole con cigarrillos el bajo vientre y los genitales.

Cuando le tomaban cuidadosamente en brazos para llevarle a un coche, Kelly protestó entre dientes:

—¡Dejadme, no os preocupéis tanto por mí! Al fin y al cabo, sólo es una paliza...

Merezco mucho más.

Aprovechando la distracción de los amigos de Kelly, Ben Hadagphi y los suyos —aunque molidos a palos— se escurrieron hasta la cerca y escaparon en medio de la noche.

* * *

Pepe se reunió con el inspector Benedicto Meiriñas a la entrada de la comisaría.

—¿Que ha desaparecido? ¿Cuándo?

—Esta mañana. No creo que pueda ir muy lejos. Le dieron una paliza

mortal.

Meiriñas se encrespó.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Ese era el motivo que andábamos buscando. Han estado a punto de matar a una persona, según dices. Razón suficiente para detenerles e interrogarles.

Pepe esbozó un gesto amargo, de frustración.

—Esos tipos aprovecharon nuestra distracción para huir. Y, además, no somos policías, sino simples ciudadanos. No siempre sabemos lo que conviene hacer —murmuró, confuso.

—Está bien, deja de preocuparte. Yo me ocuparé de todo. Vete —le dijo el policía.

Pausadamente, Pepe volvió al desvencijado Renault-4L y se marchó.

Esa tarde, cuando esperaba tensamente a la puerta del mesón Mercader, vio venir desde los cerros de la cañada a un muchacho que conducía una moto. Era Justo, el del Polvorín.

Venía a buscar tabaco para su padre. El muchacho descendió de la moto chorreando sudor a mares.

—¿Qué tal una cervecita? —le preguntó Pepe, compadecido.

Ya la tenía abierta cuando lo dijo. El muchacho se sentó un momento con él y charlaron acerca del trabajo, del hatajo de corderos que cuidaban en los cerros. Y...

—Hay unos tipos raros en el cortijo de José el Calé —comentó de pronto—. Les vi a primera hora de la tarde. Tienen un coche muy bonito, azul. Como el cortijo está en ruinas, a veces, ya sabe, se cobijan allí parejitas. Pero ésos no llevaban mujeres. Eran cuatro. ¡Qué raro! Se escondieron de *priesa* cuando me vieron pasar arreando las ovejas. Parecía como si estuvieran esperando a alguien. Hace un rato, miré hacia los cerros y allí estaba el coche azul...

Pepe se inmutó.

«...Como si estuvieran esperando a alguien.»

¿A quien podían estar esperando aquellos asesinos, sino... a Jim Kelly?

Se puso inmediatamente en pie.

—Justo, ¿quieres hacerme un favor? —preguntó, tomando nerviosamente al muchacho por los antebrazos.

—Lo que usted diga.

—Escucha. Coge la moto y avisa a estas personas...

* * *

Esa mañana, Kelly volvió a llamar a Londres desde la aldea Sabía muy bien lo que hacía: lo había meditado largamente durar la noche de vela.

El KEN-2347 tardó en responder. Al cabo, sonó una voz de hombre. Desconocida.

—Diga.

—Quiero hablar con Iam.

—¿Iam? ¿El tipo al que asesinaron ayer? Amigo, ha llegado tarde. Lo mejor será...

—Escuche —murmuró Kelly con voz estrangulada—: Diga a quien sea que Jim Kelly quiere pactar. Voy a esperar esta noche en...

Colgó.

No volvió junto al tío Andrés. Durante el resto del día, vagó sin rumbo entre los maizales, las viñas y los cañaverales próximos al regato. Durmió pesadamente hasta el atardecer.

A esa hora, Jim tomó el camino de los eucaliptos. Se escondía, prefería que nadie le viera. Ni siquiera sus amigos.

Llegó más allá de las viñas de Zambrano y se desvió por la vereda de la izquierda.

Luego siguió ascendiendo hacia los cerros a través de una barranca. Desde allí divisaba ya las laderas sembradas de girasol y las cimas donde crecían los almendros. Más arriba

aún, se veían ya los arruinados tejados del cortijo de José el Calé, deshabitado desde largos años atrás.

Se detuvo bajo los jóvenes eucaliptos medicinales y avizó el cortijo. El corazón le latió aprisa cuando divisó la mancha azul del Volkspoint.

Ben Hadagphi había recogido el recado. Todos acudían a la cita.

Aguardó hasta la noche bajo la sombra fresca de los eucaliptos. Sólo entonces se puso decididamente en marcha hacia los cerros.

Una vaguada, la ascensión por la ladera de tomillo seco, el cortijo.

Una linterna le deslumbró.

En las tinieblas, resonó una estentórea carcajada. Era Rocco quien reía.

—¡Pero si es nuestro amiguito Kelly! ¡Adelante, muchacho, sube!

Crujieron los tallos secos a su espalda. Súbitamente, su espalda entera ardió al recibir el cruento y feroz trallazo. Cayó de bruces y permaneció inmóvil.

—Regístrale, Rocco —bramó la voz insidiosa del árabe.

—No es necesario. El tubo está en el bolsillo de mi pantalón. En el derecho —susurró Kelly. Y se mordió los labios para soportar el dolor sin gemir.

El tubo. Jim lo había encargado en una joyería de Badajoz. Las mismas medidas, idéntica apariencia. Cerrado, sin fisuras. Pero sólo contenía agua del grifo.

Rocco le volvió boca arriba de un patadón y le registró. Jim vio brillar el cilindro metálico, que pasó rápidamente de las manos de Rocco a las de Ben Hadagphi.

Se oyeron unos pasos.

—¡Estúpidos! —chilló el árabe a alguien que permanecía en la oscuridad—. Volved a vuestros puestos de vigilancia. (¿Erramendi, Zweig...?) A la luz de la linterna, el árabe sacó un bolso de mano. Extrajo unos pequeños frascos, raspó la superficie del tubo, aplicó unas gotas de ácido y esperó.

Luego se oyó el crujido de sus dientes.

—Kelly, has vuelto a engañarme —murmuró con voz tremante, contenida—. El tubo original era de níquel. Y éste es de plata. De modo que... voy a arrancarte de cuajo los...

La temible gumia lanzó un destello a la luz de la linterna que sostenía

Rocco.

Kelly se encogió sobre sí mismo. En ese momento, el derruido cortijo quedó bañado en luz vivísima. Potentísimos focos convirtieron la noche en día.

—¡Alto, no se muevan! ¡Policía! —gritó una voz estentórea.

A Ben Hadagphi le resbaló la guma de entre los dedos. Kelly giró sobre sí mismo y alejó la peligrosa arma blanca de una patada.

Se oyó el estallido de una ráfaga de metralleta. Alguien exhaló un alarido. Luego zumbó un escape de automóvil.

—¡Alto, alto, alto!

Kelly se incorporó lentamente. Una mano le tomó por el brazo.

—Calma, Jim. Soy yo, Pepe. Ven. Pongámonos a cubierto.

Pepe le arrastró hasta el interior del caserío. Mientras Kelly gemía débilmente en el suelo, Pepe se asomó a un ventanuco y miró.

El Volkspport rebotaba sobre el pedregoso camino, seguido por dos vehículos todoterreno de la policía. Pero el coche deportivo era mil veces más veloz.

Cuando los terroristas pasaban ante el polvorín, sucedió algo espectacular. Docenas y

docenas de focos se encendieron en la noche, formando un perfecto círculo alrededor del vehículo de los fugitivos.

E P I L O G O

Llegó el verano de nuevo.

Pepe estaba en el mesón Mercader, echándole una mano a su suegro. Las mismas o parecidas caras en la barra, idénticos comentarios. La vida seguía igual.

Javier, Pablo, Piernadehierro y Teo Hardila estaban empeñados en una difícil partida de chinos. Empataban constantemente y alargaban la partida. Aquello no se terminaba nunca. Y venga copas de vino. Y tacos de jamón y de queso manchego. De vez en cuando, un platito de ensalada fresca y fragante.

Se oyó el crujido de los guijarros en el exterior. Un coche acababa de detenerse ante el mesón, pero los de la partida no se enteraron.

Pepe fue el primero en reconocerlo.

—¡Jim, Jim Kelly!

El americano apartó la cortina y entró, seguido de su «pariente» el tío Andrés Zanabria.

—¡Pepe, pon algo fresco por aquí! —gritó el viejo, con redoblada energía.

Se produjo una pequeña conmoción. De pronto, Jim se encontró con docenas de manos que querían estrechar la suya. Todos hacían preguntas, todos querían saber, todos gritaban excitados.

—He vuelto, eso es todo —dijo Jim, emocionado—. Y esta vez para siempre. He entrado en Badajoz por la frontera de Caya, legalmente. He venido a comprarme una finquita que no sea muy cara. Tendréis que asesorarme entre todos. Quiero plantar frutales. Y criar vacas y cerdos. Y, por encima de todo, quiero estar con vosotros.

Todos se ofrecieron a ayudarle. Como la otra vez. Pero los ofrecimientos eran gritados en medio de tal confusión, que Luis Mercader se vio obligado a poner un poco de orden.

Para ello, nada mejor que sacar unas botellas de vino añejo bien fresco, llenar las copas, poner sobre el mostrador unos platos de jamón de Villanueva.

Las manos fueron ávidamente a por las copas. Brindaron. Luego:

—Pero esta vez invito yo. Todo lo que bebamos, todo lo que comamos —dijo Kelly. Echó la mano al bolsillo, advirtió la expectación y lanzó una carcajada—. ¡Pero pagaré en pesetas, no os preocupéis!

Estallaron las risas, volvían los recuerdos.

—¿Dónde has estado durante este año? —le preguntó Pepe a solas.

—Digamos que... purificándome. He vuelto a encontrarme conmigo mismo. Y sé lo que tengo que hacer —respondió Kelly confidencialmente—, Ahora tengo que irme. Pero volveré.

—¿Adónde vas?

—¿No te lo imaginas? —preguntó Kelly, brillante los ojos. —¿María?

—¡Bingo! —rió Jim—. El tío Andrés me acompañará al cortijo de sus padres. El viejo hablará de mí. Supongo que bien. Y luego... Se marchó apresuradamente, llevándose al viejo del brazo.

En aquel momento, Jim Kelly sólo pensaba en María.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**